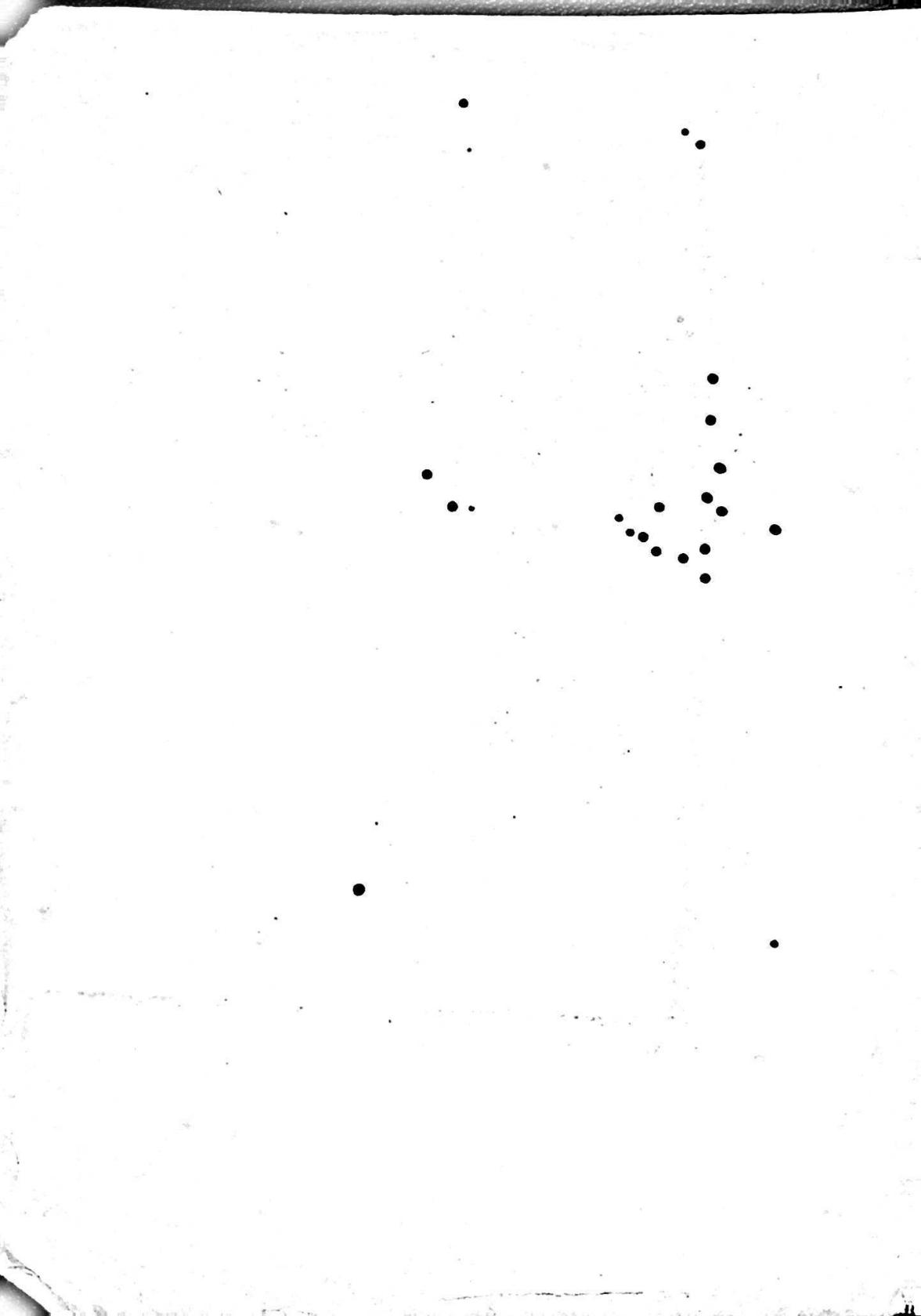


SUPLEMENTO TEORICO

Diciembre 87
Enero 88



Octubre y la Perestroika, la revolución continúa



panorama
internacional



SUPLEMENTO
TEORICO

Diciembre 87
Enero 88

21/06/1961

Octubre y la Perestroika, la revolución continúa

Informe del camarada Mijaíl Gorbachov, Secretario General del CC del PCUS, en la solemne Sesión Conjunta del Comité Central del PCUS, el Soviet Supremo de la URSS y el Soviet Supremo de la RSFSR, consagrada al 70 Aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre

Queridos camaradas,

Estimados invitados extranjeros:

Siete décadas nos separan de las inolvidables jornadas de Octubre de 1917. De aquellos días legendarios que iniciaron una nueva época del progreso social, de la verdadera historia de la humanidad.

Octubre es realmente la "hora estelar" de la humanidad, su alborada. La Revolución de Octubre es una revolución del pueblo y para el pueblo, para el hombre, para su emancipación y desarrollo.

Siete décadas es un espacio de tiempo muy pequeño en el multiseular ascender de la civilización humana, pero por las magnitudes de las realizaciones la historia no conocía aún tal período como el recorrido por nuestro país después del triunfo de la Gran Revolución de Octubre.

¡Y no hay más alto honor que el de trazar nuevos senderos, consagrar todas las fuerzas, energías, conocimientos y capacidades al triunfo de los ideales y objetivos de Octubre!.

Este aniversario es motivo de orgullo. De orgullo por lo realizado. Nos tocaron en suerte las más duras pruebas. Y nosotros las soportamos con honor. No simplemente las soportamos. Arrancamos al país de la ruina y el atraso, lo hicimos una gran potencia, transformamos la vida y cambiamos por completo el mundo espiritual del hombre.

En las más duras batallas que ha presenciado el siglo XX mantuvimos el derecho a nuestro propio modo de vida, defendimos nuestro porvenir.

También nos enorgullecemos con pleno fundamento de que nuestra Re-

volución, nuestro trabajo y nuestra lucha continúen influyendo muy profundamente en todos los aspectos del desarrollo mundial: en la política y la economía, la esfera social y la conciencia de nuestros contemporáneos.

El aniversario es un motivo para recordar. A los millones de personas, cada una de las cuales hizo su aporte a nuestras comunes conquistas socialistas.

A los que fundieron acero, sembraron trigo, enseñaron a los niños, impulsaron adelante la ciencia y la técnica, alcanzaron las cumbres del arte. Para recordar con dolor a quienes, defendiendo la Patria, cayeron en combate, y a costa de su vida dieron la posibilidad a la sociedad de marchar adelante.

Lo sufrido, lo vivido, dejó un recuerdo indeleble, pues todo ello creó el día de hoy.

El aniversario es un motivo para la reflexión. Sobre lo difícil y desigualmente que transcurrieron a veces nuestros asuntos y nuestros destinos. Hubo de todo: heroico y trágico, grandes victorias y amargos reveses.

Reflexionamos sobre los setenta años de tensa creación desde las posiciones de un pueblo dispuesto a movilizar todas sus fuerzas, todo el inmenso potencial del socialismo para la transformación revolucionaria de la vida.

El aniversario es también una mirada al porvenir. Nuestras conquistas son grandiosas, ponderables y relevantes. Son el sólido fundamento, la base para nuevas realizaciones, para el sucesivo desarrollo de la sociedad.

Precisamente en el desarrollo del socialismo, en la continuación de las ideas y la práctica del leninismo y de Octubre, vemos nosotros la esencia de nuestros actos y desvelos de hoy, nuestra tarea primordial y nuestro deber moral.

Y eso dicta la necesidad de un análisis serio y a fondo del histórico sig-

nificado de la Revolución de Octubre, de todo lo que se ha hecho en las siete décadas posteriores a Octubre.

I. EL CAMINO DE OCTUBRE, CAMINO DE PIONEROS

Camaradas:

Nuestro camino de pioneros es inmenso y complicado. No se puede abarcarlo ni comprenderlo en un breve análisis.

Está el peso de la herencia material y moral del mundo viejo, de la Primera Guerra Mundial, de la guerra civil y la intervención. Están la novedad de las transformaciones, las esperanzas de los hombres depositados en ellas, el ritmo y la magnitud de la irrupción de lo nuevo y desastrosamente, que a veces no dejaba tiempo para mirar alrededor y reflexionar.

Están los factores subjetivos que desempeñan un papel especial en los períodos de las tormentas revolucionarias. Están las nociones del porvenir, penetradas por el maximalismo de la época revolucionaria, a veces simplificadas, enderezadas. Está el puro y apasionado afán de los luchadores por una nueva vida de hacerlo todo lo más rápido, mejor y justo posible.

Lo recorrido —su heroísmo y dramatismo— no puede por menos de conmover la mente de los contemporáneos. Tenemos una sola historia y es irreversible. Y cualesquiera que sean las emociones que despierte, es nuestra historia, es entrañable para nosotros.

Hoy evocamos las jornadas de Octubre que estremecieron el mundo, buscamos y encontramos en ellas un firme apoyo espiritual y enseñanzas instructivas. Nos persuadimos una y otra vez de lo justo de la opción socialista hecha por Octubre.

A esta meta conducía la misma lógica objetiva del progreso histórico de la humanidad. La Revolución de Octubre —no obstante todo lo

contradictorio y diversiforme de vías de movimiento ascendente de la civilización— fue resultado lógico del desarrollo de los ideales y la práctica de la multiseccular lucha de los trabajadores por la libertad y la paz, por la justicia social, contra la opresión clasista, nacional y espiritual.

El año 1917 mostró que la opción entre el socialismo y el capitalismo es la principal alternativa social de nuestra época, y que en el siglo XX no se puede marchar adelante sin ir a una forma más elevada de organización social, hacia el socialismo.

Esta deducción fundamental de Lenin es hoy no menos actual que cuando fue hecha. Tal es la lógica del desarrollo social ascendente.

La revolución en Rusia fue como la cumbre de las aspiraciones libertadoras, viva encarnación de los sueños de los mejores cerebros de la humanidad: desde los grandes humanistas del pasado hasta los revolucionarios proletarios de los siglos XIX y XX.

El año 1917 asimiló la energía de la lucha del pueblo por la soberanía y la independencia, de los movimientos nacionales progresistas, de los levantamientos y las guerras campesinas antifeudales característicos de nuestra historia.

Plasmó las búsquedas espirituales de los pensadores del siglo XVIII, de los héroes y mártires del movimiento decembrista, de los ardientes tributos de la democracia revolucionaria, el altruismo moral de las grandes lumbreras de nuestra cultura.

Para los destinos de nuestro país tuvo decisiva importancia la época en que, en los albores del siglo XX, Vladímir Ilich Lenin condujo tras de sí a un grupo estrechamente cohesionado de correlegionarios por la senda de la creación en Rusia de un partido proletario de nuevo tipo. Precisamente este gran partido leninista alzó al pueblo, a sus mejores y honradas fuerzas al asalto del mundo viejo.

• La primera revolución rusa de los años 1905–1907 puso las piedras angulares en el fundamento del éxito de la Revolución de Octubre. Estas piedras fueron las amargas enseñanzas del 9 de enero, el heroísmo audaz de las barricadas de Moscú en diciembre, la hazaña de miles de luchadores por la libertad conocidos y anónimos, y el nacimiento de los primeros Soviets obreros, arquetipo del Poder soviético.

La victoria de la Gran Revolución de Octubre surgió también de las conquistas de la Revolución de Febrero de 1917, primera revolución popular victoriosa de la época imperialista. Después de la victoria de Febrero la revolución se desarrolló con rapidez increíble.

Sus principales protagonistas fueron los obreros y los campesinos vestidos con uniforme de soldado. La primavera de 1917 demostró la potencia del movimiento de todo el pueblo.

A la vez se revelaron también sus limitaciones, lo contradictorio de la conciencia revolucionaria en esta etapa, la fuerza de la inercia histórica, como resultado de lo cual las clases explotadoras que iban a abandonar la escena pudieron aprovecharse temporalmente de los frutos de la victoria del pueblo.

La Revolución de Febrero puso en manos de Octubre el arma principal: la organización del poder, representado por los Soviets renacidos. Febrero es la primera experiencia de democracia real, de educación política de las masas en la práctica, adquirida en las complicadísimas condiciones de la dualidad de poderes.

Febrero es único también por su posibilidad de paso pacífico del poder a manos de los trabajadores, posibilidad que, lamentablemente, no se hizo realidad por la fuerza de las circunstancias históricas.

Febrero fue la etapa histórica más importante en el camino hacia Octubre.

En el complicado entrelazamiento y antagonismo de las fuerzas de clase que participaron en la Revolución de Febrero Lenin distinguió genialmente las posibilidades que se abrían para el triunfo de la revolución socialista.

Las Tesis de Abril fueron una previsión científica y un modelo de programa revolucionario de acción en estas históricas circunstancias.

Lenin mostró no sólo la lógica de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista, sino también la forma de este proceso: a través de los Soviets, a través de su bolchevización, cuya esencia consistía en ayudar al pueblo, a las masas, a comprender el sentido de su propia lucha y realizar conscientemente la revolución en interés propio.

El camino de Febrero a Octubre es una época de impetuosos cambios sociales, una época de rápida maduración política de las masas, de consolidación de las fuerzas de la revolución y de su vanguardia, el Partido leninista.

En aquel período —de Febrero a Octubre— se reveló con vigor especial el arte político de Lenin y sus compañeros de lucha, que dieron una lección ejemplar de viva dialéctica del pensamiento y acción revolucionarios.

La dirección del Partido demostró su capacidad para la fecunda búsqueda colectiva, para renunciar a los estereotipos y a las consignas que todavía en la víspera, en otra situación, parecían indiscutibles y las únicas posibles.

Puede decirse que el mismo curso del pensamiento leninista, toda la actividad de los bolcheviques, que se distinguía por el rápido cambio de las formas y los métodos de trabajo, por la flexibilidad y las soluciones tácticas nada ordinarias, por la audacia política, es un modelo brillantísimo de mentalidad antidogmática, auténticamente dialéctica, es decir, una nue-

va mentalidad.

Así y sólo así piensan y actúan los verdaderos marxistas-leninistas, sobre todo en las épocas cruciales, críticas, en que se deciden los destinos de la revolución y del mundo, del socialismo y el progreso.

Volvamos a abril de 1917: el programa leninista de viraje hacia la revolución socialista les parecía a muchos —tanto amigos como enemigos— una utopía, poco menos que fruto de una fantasía desbordada.

Pero la vida mostró que sólo este programa podía ser y fue de hecho la base política del sucesivo desarrollo de la revolución y, en esencia, la base de la salvación social, de la conjuración de una catástrofe nacional.

Recordemos las jornadas de julio de 1917. Con qué dolor el Partido se vio obligado a renunciar a la consigna de entrega de todo el poder a los Soviets. Pero no se podía obrar de otra manera, pues los Soviets se encontraron durante cierto tiempo en manos de los eseristas y mencheviques y resultaron impotentes frente a la contrarrevolución.

Y con qué sensibilidad tenía Lenin la mano en el pulso de la revolución, con qué genialidad determinó el comienzo del nuevo renacer de los Soviets que, en el proceso de la lucha, adquirieron una esencia genuinamente popular, lo que les permitió convertirse en órganos de la victoriosa insurrección armada y luego en la forma política del Poder obrero y campesino.

Todo esto no son simplemente páginas de los anales de la Gran Revolución, es también un recordatorio permanente para nosotros, los que vivimos hoy, acerca del elevado deber de los comunistas de estar siempre en el filo de los acontecimientos, saber adoptar decisiones audaces y asumir toda la responsabilidad por el presente y por el porvenir.

La Revolución de Octubre fue un potente impulso de millones de perso-

nas en el que se unieron los intereses cardinales de la clase obrera los anhelos seculares del campesinado, el ansia de paz de los soldados y marinos, la inmovible atracción de los pueblos de la multinacional Rusia hacia la libertad y la luz.

En el complicado entrelazamiento de diferentes intereses el Partido bolchevique pudo encontrar lo principal, unir tendencias y aspiraciones discordantes, encauzarlas hacia la solución del problema fundamental de la revolución: el problema del poder.

Y ya en sus primeros Decretos —sobre la Paz y la Tierra— el Estado de la dictadura del proletariado respondió con hechos a las demandas de la época, expresó los profundos intereses no sólo de la clase obrera, sino también de la absoluta mayoría del pueblo.

Y otra importantísima enseñanza de principio de las jornadas de Octubre que hoy es preciso recordar. En nuestro tiempo reviste excepcional actualidad la respuesta leninista a la pregunta que hace la vida, la actividad revolucionaria, la pregunta sobre la correlación del "modelo" teórico de vía hacia el socialismo y la práctica real de la construcción socialista.

El marxismo-leninismo como doctrina creadora no es una colección de recetas hechas y de prescripciones doctrinarias. Ajena al dogmatismo estrecho, la doctrina marxista-leninista asegura la activa interacción del pensamiento teórico innovador con la práctica, con el mismo curso de la lucha revolucionaria. El ejemplo más aleccionador de ello es la Gran Revolución de Octubre.

Como se sabe, muchos, incluso grandes líderes del movimiento obrero de aquel tiempo, se negaban a ver en la Revolución Socialista de Octubre un fenómeno lógico: decían que había sucedido "contrariamente a las reglas", no en correspondencia con las concepciones teóricas cristalizadas. El

capitalismo ruso, según sus nociones, no había creado, en el momento de producirse la Revolución de Octubre de 1917, todas las necesarias premisas materiales y culturales del socialismo.

Es instructivo y útil, pienso, recordar cómo respondía Lenin a semejantes críticos de nuestra revolución. "Dicen ustedes que para construir el socialismo se requiere cierto grado de civilización —replicaba él—. Muy bien. Pero ¿por qué no podíamos crear primero tales premisas de civilización en nuestro país como la expulsión de los terratenientes y la expulsión de los capitalistas de Rusia y luego ya comenzar el avance hacia el socialismo?". (t. 45, pág. 381).

A quienes interpretan el marxismo de un modo dogmático y pedante no les es dado comprender lo principal de esta doctrina: su dialéctica revolucionaria. Precisamente ella distingue toda la actividad de Lenin después de Octubre.

Precisamente ella ayudó a realizar literalmente al borde de lo posible y lo imposible la hazaña política y moral de la Paz de Brest, que salvó miles y miles de vidas, la propia existencia de la Patria socialista.

Otro ejemplo. Lenin, como Marx y Engels, estaba convencido de que la defensa armada de la revolución sería la milicia popular. Pero las condiciones concretas dictaron una solución distinta. La guerra civil impuesta al pueblo y la intervención exterior exigieron un nuevo enfoque. Por Decreto de Lenin se formó el Ejército Rojo Obrero y Campesino.

Era un ejército de nuevo tipo, que se cubrió de gloria inmortal en la guerra civil y el rechazo de la intervención extranjera.

Aquellos años depararon rigurosas pruebas al joven Poder soviético. Con toda sencillez y rigurosidad se planteó el problema de ser o no ser el socialismo. El Partido cohesionó y movilizó al pueblo para la defensa de la Patria

socialista, de las conquistas de Octubre. Hambrientos, desnudos y descalzos, mal armados, los combatientes rojos derrotaron al ejército contrarrevolucionario bien entrenado y armado, que los imperialistas de Occidente y Oriente abastecían en abundancia.

El lindero de fuego de la guerra civil pasó por todo el país, por cada familia, echó abajo el modo habitual de vida, dejó hondo surco en la psicología y los destinos de las gentes. En esta mortal contienda venció la voluntad del pueblo, el afán de millones de edificar una vida nueva.

El país hizo todo lo que estaba a su alcance para ayudar al joven ejército, vivía y actuaba inspirándose en el lema formulado por Lenin: "Todo para la victoria".

En nuestra memoria perdurará eternamente la hazaña de los héroes legendarios, de los intrépidos marinos y jinetes, de los soldados y comandantes del joven Ejército Rojo y de los guerrilleros rojos.

¡Defendieron la revolución, gloria eterna a ellos!

También está penetrada de la más profunda dialéctica revolucionaria la decisión de pasar a la nueva política económica, que ensanchó sustancialmente los horizontes de las nociones sobre el socialismo y las vías de su construcción.

O tomen esta cuestión. Como se sabe, Lenin criticaba lo limitado del "socialismo cooperativo".

Pero en las condiciones concretas creadas después de Octubre como resultado de la conquista del poder por el pueblo, enfocó esta cuestión de un modo nuevo. En el artículo "Sobre la cooperación" se elabora la tesis del socialismo como una sociedad de "cooperadores civilizados".

Tales fueron la fuerza y audacia de la dialéctica marxista, que expresaba la misma esencia de la doctrina revolucionaria y que tan brillantemente

dominaba Lenin. El consideraba que en la creación del mundo nuevo "más de una vez tendremos que mejorar el trabajo, rehacerlo y empezar desde el comienzo". (t. 44, pág. 224).

Sí, más de una vez hemos tenido que mejorar el trabajo y rehacer lo iniciado, que soportar una lucha prolongada y tenaz, que vivir procesos históricos de viraje, de carácter crucial, revolucionario. Y estos procesos cambiaron en muchos aspectos las circunstancias, las condiciones de nuestro avance.

Nos cambiaron también a nosotros mismos, nos forjaron, nos enriquecieron con experiencia y conocimientos, nos infundieron una mayor seguridad en el éxito de la causa de la revolución.

Al evaluar a escala histórica mundial el camino que hemos recorrido nos persuadimos una vez más de que para hacer lo que nosotros hicimos en corto plazo, otros necesitaron siglos.

La revolución socialista se consumó en un país con un nivel medio de desarrollo del capitalismo, con una elevada concentración de la industria, con predominio de la población campesina, con profundos vestigios de feudalismo e incluso de anteriores formaciones sociales.

Rusia dio al mundo gigantescas conquistas en el terreno de la ciencia y la cultura, pero tres cuartas partes de su población eran analfabetos. El país estaba arruinado al extremo por la guerra imperialista y una gobernación inepta.

La construcción de la nueva vida no tenía modelos, suponía una incansable búsqueda de soluciones constructivas. Para el Partido de los comunistas la meta estaba clara: la revolución y la vía del socialismo, el Poder de los Soviets. Lenin condujo al Partido por este camino.

Por la viva creación de las masas, del complicadísimo material de la Rusia pluriestructural fueron cristaliza-

do los principios y normas del futuro régimen socialista, formas de organización de la sociedad que no habían existido en la historia.

Se puntualizaron y llenaron de vital contenido real al principio las nociones puramente teóricas sobre las formas del poder del pueblo, sobre las vías y los límites de socialización de la propiedad, de organización de la producción socialista, de implantación de una disciplina nueva, una disciplina de camaradas, sobre el papel y la función del hombre en la nueva sociedad.

El principal sentido de la Revolución de Octubre reside en la creación de una vida nueva. Esa creación no se interrumpió ni un sólo día. Se aprovechó incluso la breve tregua para construir, pero buscar los caminos que llevasen al futuro socialista.

El comienzo de los años veinte, está jalonado por un gran despliegue de la iniciativa y la creación del pueblo, que fueron un auténtico laboratorio revolucionario de innovación social, de búsqueda de formas óptimas de alianza de la clase obrera y el campesinado trabajador, de formación del mecanismo de realización de todo el espectro de intereses de los trabajadores.

De los métodos del comunismo de guerra en la organización de la producción y del consumo —métodos obligados en las condiciones de guerra y ruina— el Partido pasó a instrumentos “regulares” más flexibles y económicamente fundamentados de influencia sobre la realidad social.

Las medidas de la Nueva Política Económica (NEP) iban orientadas a construir el fundamento material del socialismo.

Hoy apelamos cada vez más con frecuencia a las últimas obras de Ilich, a las ideas leninistas de la NEP, aspiramos a tomar de esta experiencia todo lo valioso y necesario.

Claro está, sería un error poner un

signo de igualdad entre la nueva política económica y lo que hacemos en la actualidad encontrándonos en un grado de desarrollo distinto por principio.

En el país no existe hoy aquel campesino individual con el que había que establecer una alianza, lo que determinaba los objetivos más apremiantes de la política económica de los años veinte.

Pero la nueva política económica tenía también un objetivo de más largo alcance. Se planteó la tarea de construir la nueva sociedad —como escribió Lenin— “no confiando directamente en el entusiasmo, sino mediante el entusiasmo engendrado por la Gran Revolución, sobre la base del interés personal, haciendo que se sientan interesados personalmente, sobre la base del cálculo económico. . . Esto es lo que nos ha enseñado la vida. Esto es lo que nos ha enseñado el desarrollo objetivo de la revolución”. (t. 44 pág. 151).

Quando se habla del potencial creador de la nueva política económica, por lo visto hay que hablar otra vez de la riqueza política y metodológica de la idea del impuesto en especie.

Nos seducen, por supuesto, no sus formas de entonces, que estaban llamadas a asegurar la alianza de los obreros y campesinos, sino las posibilidades encerradas en la idea del impuesto en especie, de liberar la energía creadora de las masas, de elevar la iniciativa del hombre, de retirar las barreras burocráticas que limitan la acción del principio fundamental del socialismo: “De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según su trabajo”.

La construcción socialista iniciada bajo la dirección de Lenin aportó muchas cosas nuevas por principio.

Por primera vez en la historia mundial se elaboraron y aplicaron métodos de planificación de la economía. El plan GOELRO es en verdad un descubrimiento, toda una etapa en el

progreso del pensamiento y la práctica económica mundial. No es sólo un grandioso plan de electrificación, sino un proyecto, según la idea de Lenin, de "conjugación armónica" de la agricultura, la industria y el transporte, y hablando en términos modernos, un programa integral de ubicación y desarrollo de las fuerzas productivas del país.

Lenin lo llamó el segundo programa del Partido, "un plan de trabajo para la reconstrucción de toda la economía nacional y su puesta a nivel de la técnica moderna". (t. 42, pág. 157).

Nacía una nueva cultura que asimilaba la experiencia del pasado y la polícroma riqueza, audacia y originalidad de los talentos, de las brillantes personalidades que la revolución promovió y alentó al servicio del pueblo.

La etapa inicial, leniniana, de formación del multinacional Estado de los Soviets tiene para nosotros una significación imperecedera, no sólo por sus resultados, sino también por la experiencia, por la metodología.

Al pensar en los tiempos en que "de la Rusia de la NEP surgirá la Rusia socialista", Lenin no podía y no se planteaba la tarea de describir un cuadro de la futura sociedad con todos sus detalles y pormenores.

10 Pero los mismos caminos y procedimientos de avanzar hacia el socialismo a través de la creación de la industria mecanizada, la amplia cooperación, la incorporación de la totalidad de los trabajadores a la administración del Estado, la organización del trabajo del aparato estatal según el principio "más vale poco y bueno", a través del "desarrollo cultural de toda la masa del pueblo", el robustecimiento de la federación de naciones libres "sin mentiras ni grilletes", esto precisamente debía formar la fisonomía del país que salía a un nivel de estructura social nuevo por principio.

En los últimos trabajos de Lenin, extraordinariamente saturados desde el

punto de vista intelectual y emocional, cristalizó el sistema de opiniones y la propia concepción de la construcción del socialismo en nuestro país. Eso es una inmensa riqueza teórica del Partido.

El prematuro fallecimiento de Lenin fue una gran conmoción para todo el Partido y el pueblo soviético. La pena no tenía límites, la pérdida era irreparable. Eso lo comprendían todos.

Se estaba en vísperas de obras de colosal trascendencia histórica. La dirección del Partido debía, sin Lenin, apoyándose en su doctrina y legados, buscar las soluciones óptimas capaces de afianzar las conquistas de la revolución y de llevar el país al socialismo en las condiciones concretas de la Rusia Soviética de entonces.

La historia presentó al nuevo régimen un duro ultimátum: o, creando en el más breve plazo su propia base socio-económica y técnica, sobrevivir y proporcionar a la humanidad la primera experiencia de organización justa de la sociedad, o extinguirse y quedar en la memoria de los siglos, en el mejor caso, sólo como un experimento social heroico, pero frustrado.

Adquirió una importancia vital, trascendental en el pleno sentido de la palabra, ante todo el problema del ritmo acelerado de las transformaciones socialistas.

El período posterior a Lenin —años veinte y treinta ocupó un lugar singular en la historia del Estado Soviético. En unos tres lustros se realizaron cambios sociales radicales. Estos años englobaron mucho, tanto desde el punto de vista de las búsquedas de variantes óptimas de la construcción del socialismo como de lo realmente alcanzado en la creación de los fundamentos de la nueva sociedad.

Fueron años de tesonero trabajo al límite de las posibilidades humanas, de enconada lucha en todos los terrenos. La industrialización, la colectivización, la revolución cultural, el for-

progreso del pensamiento y la práctica económica mundial. No es sólo un grandioso plan de electrificación, sino un proyecto, según la idea de Lenin, de "conjugación armónica" de la agricultura, la industria y el transporte, y hablando en términos modernos, un programa integral de ubicación y desarrollo de las fuerzas productivas del país.

Lenin lo llamó el segundo programa del Partido, "un plan de trabajo para la reconstrucción de toda la economía nacional y su puesta a nivel de la técnica moderna". (t. 42, pág. 157).

Nacía una nueva cultura que asimilaba la experiencia del pasado y la policroma riqueza, audacia y originalidad de los talentos, de las brillantes personalidades que la revolución promovió y alentó al servicio del pueblo.

La etapa inicial, leniniana, de formación del multinacional Estado de los Soviets tiene para nosotros una significación imperecedera, no sólo por sus resultados, sino también por la experiencia, por la metodología.

Al pensar en los tiempos en que "de la Rusia de la NEP surgirá la Rusia socialista", Lenin no podía y no se planteaba la tarea de describir un cuadro de la futura sociedad con todos sus detalles y pormenores.

10 Pero los mismos caminos y procedimientos de avanzar hacia el socialismo a través de la creación de la industria mecanizada, la amplia cooperación, la incorporación de la totalidad de los trabajadores a la administración del Estado, la organización del trabajo del aparato estatal según el principio "más vale poco y bueno", a través del "desarrollo cultural de toda la masa del pueblo", el robustecimiento de la federación de naciones libres "sin mentiras ni grilletes", esto precisamente debía formar la fisonomía del país que salía a un nivel de estructura social nuevo por principio.

En los últimos trabajos de Lenin, extraordinariamente saturados desde el

punto de vista intelectual y emocional, cristalizó el sistema de opiniones y la propia concepción de la construcción del socialismo en nuestro país. Eso es una inmensa riqueza teórica del Partido.

El prematuro fallecimiento de Lenin fue una gran conmoción para todo el Partido y el pueblo soviético. La pena no tenía límites, la pérdida era irreparable. Eso lo comprendían todos.

Se estaba en vísperas de obras de colosal trascendencia histórica. La dirección del Partido debía, sin Lenin, apoyándose en su doctrina y legados, buscar las soluciones óptimas capaces de afianzar las conquistas de la revolución y de llevar el país al socialismo en las condiciones concretas de la Rusia Soviética de entonces.

La historia presentó al nuevo régimen un duro ultimátum: o, creando en el más breve plazo su propia base socio-económica y técnica, sobrevivir y proporcionar a la humanidad la primera experiencia de organización justa de la sociedad, o extinguirse y quedar en la memoria de los siglos, en el mejor caso, sólo como un experimento social heroico, pero frustrado.

Adquirió una importancia vital, trascendental en el pleno sentido de la palabra, ante todo el problema del ritmo acelerado de las transformaciones socialistas.

El período posterior a Lenin — años veinte y treinta ocupó un lugar singular en la historia del Estado Soviético. En unos tres lustros se realizaron cambios sociales radicales. Estos años englobaron mucho, tanto desde el punto de vista de las búsquedas de variantes óptimas de la construcción del socialismo como de lo realmente alcanzado en la creación de los fundamentos de la nueva sociedad.

Fueron años de tesonero trabajo al límite de las posibilidades humanas, de enconada lucha en todos los terrenos. La industrialización, la colectivización, la revolución cultural, el for-



talecimiento del Estado multinacional, la consolidación de las posiciones internacionales de la URSS, las nuevas formas de gestión de la economía y de toda la vida social, todo esto sucedió precisamente en este período. Y todo esto tuvo consecuencias de largo alcance.

En el transcurso de decenios recordamos una y otra vez esta época. Es natural. Pues entonces era el comienzo, se construía la primera sociedad socialista. Fue una hazaña de magnitud histórica y de trascendencia histórica. La admiración por las hazañas de nuestros padres y abuelos, las evaluaciones de nuestros verdaderos logros vivirán eternamente como estas hazañas y logros.

Y si hoy nos fijamos en nuestra historia a veces con mirada crítica es únicamente porque queremos imaginarnos mejor, más plenamente, el camino del porvenir.

Es necesario evaluar el pasado con sentido de la responsabilidad histórica y sobre la base de la verdad histórica. Eso hay que hacerlo, *en primer lugar*, en virtud de la inmensa importancia que tienen aquellos años para los destinos de nuestro Estado, para los destinos del socialismo.

12 *En segundo lugar*, porque estos años se encuentran en el foco de interminables discusiones tanto en nuestro país como en el extranjero, donde, a la par de las búsquedas de la verdad, se emprenden con frecuencia intentos de desacreditar el socialismo como nuevo régimen social, como alternativa real al capitalismo.

Finalmente, necesitamos evaluaciones veraces de este y de todos los demás períodos de nuestra historia sobre todo hoy, cuando se ha desplegado la *perestroika* (renovación), los necesitamos no para ajustar cuentas políticas o, como suele decirse, para desahogar el alma, sino para rendir tributo a todo lo heroico que hubo en el pasado, para extraer enseñanzas de las equivo-

caciones y los yerros.

Así pues, acerca de los años veinte y treinta después de Lenin. Aunque el Partido y la sociedad estaban pertrechados con la concepción leniniana de la construcción del socialismo, con las obras de Vladímir Ilich del período posterior a Octubre, la búsqueda del camino no fue nada fácil, transcurrió en enconada lucha ideológica, en un ambiente de discusiones políticas.

Las discusiones se centraron en los problemas cardinales del desarrollo de la sociedad, ante todo en el de la posibilidad de construir el socialismo en nuestro país.

El pensamiento teórico y la práctica buscaban en qué direcciones y en qué formas realizar transformaciones socio-económicas, cómo asegurar su solución sobre principios socialistas en las condiciones históricas concretas en que se encontraba la Unión Soviética.

Se puso al orden del día el trabajo práctico, constructivo, que exigía la más alta responsabilidad. Ante todo se planteó con toda crudeza el problema de industrializar el país y modernizar la economía, sin lo cual era inconcebible la construcción socialista, el fortalecimiento de la capacidad defensiva. Eso dimanaba de las indicaciones directas de Lenin, de su herencia teórica. En este mismo plano y también en consonancia con los legados de Lenin se planteó el problema de las transformaciones socialistas en el campo.

Por lo tanto, se trataba de grandes problemas y tareas, de empresas que significaban un viraje.

Y aunque el Partido, repito, contaba con los planteamientos leninistas sobre estos problemas, en torno a ellos se desplegaron acaloradas discusiones.

Hay que decir, por lo visto, que tanto antes como después de la Revolución, en los primeros años de la construcción socialista, no todos los dirigentes del Partido, ni mucho menos, compartían las opiniones de Lenin

en varios de los problemas más importantes. Además, las recomendaciones de Lenin no podían abarcar todas las cuestiones concretas de la construcción de la nueva sociedad.

Al analizar las polémicas ideológicas de aquel tiempo no hay que perder de vista que la ejecución de gigantescas transformaciones revolucionarias en un país como el que era entonces Rusia constituía de por sí una tarea difícilísima. El país se encontraba en marcha histórica, se aceleraba bruscamente su desarrollo, se transformaban rápida y profundamente todos los aspectos de la vida social.

La lucha ideológica que reflejaba toda la gama de intereses de las clases, grupos y sectores sociales, las demandas y tareas de la época, las tradiciones históricas y la presión de las tareas inaplazables y también las condiciones del cerco capitalista hostil, esta lucha ideológica se entrelazaba indisolublemente con los acontecimientos y procesos que tenían lugar en la economía y la política, en todas las esferas de la vida.

En una palabra, era archidifícil orientarse, encontrar el único rumbo certero en una situación tan peliaguda y borrascosa. El carácter de la lucha ideológica se complicaba en un grado considerable también por la rivalidad personal en la dirección del Partido.

Las viejas discrepancias, que tenían lugar ya en vida de Lenin, se dejaron sentir en la nueva situación y en forma muy aguda. Como es notorio, Lenin advertía la posibilidad de este peligro. En la "Carta al Congreso", recalaba que "eso no es una nimiedad o es una nimiedad que puede adquirir un significado decisivo" (t. 45, pág. 346). Y así sucedió en muchos aspectos.

En algunos líderes prestigiosos prevaleció la naturaleza pequeño-burguesa. Se condujeron como fraccionalistas. Eso convulsionaba las organizaciones del Partido, apartaba de la labor vi-

va, estorbaba el trabajo.

Siguieron provocando la escisión incluso cuando para la inmensa mayoría del partido quedó claro que sus opiniones eran contrarias a las ideas y los planes leninianos, que sus proposiciones eran erróneas y podían desviar el país del rumbo certero.

Eso se refiere ante todo a L.D. Trotski que después de la muerte de Lenin manifestó desmedidas pretensiones de ejercer el liderazgo en el Partido, confirmando en plena medida la calificación que le diera Lenin como un político excesivamente engreído que siempre andaba con rodeos y trapezadas.

Trotski y los trotskistas negaban la posibilidad de construir el socialismo en las condiciones del cerco capitalista.

En la política exterior cifraban las esperanzas en la exportación de la revolución y en la interior, en "apretar las tuercas" al campesinado, en la explotación del campo por la ciudad, en el transplante de los métodos militares y administrativos a la gestión de la sociedad.

El trotskismo es una corriente política, cuyos ideólogos, encubriéndose con frases seudorrevolucionarias de izquierda, en esencia ocupaban una posición capituladora. En realidad, era un ataque al leninismo en todos los frentes. Se trataba prácticamente de la suerte del socialismo en nuestro país, de la suerte de la revolución.

En estas circunstancias era necesario destronar ante todo el pueblo el trotskismo, poner al desnudo su esencia antisocialista.

La situación se complicaba porque los trotskistas actuaban en bloque con la "nueva oposición" encabezada por G.E. Zinóviev y L. B. Kámenev. Los líderes de la oposición, comprendiendo que estaban en minoría, imponían al Partido una discusión tras otra proponiéndose escindir las filas del Partido. Pero, en definitiva cuenta, el Partido se pronunció por la línea del CC,

contra la oposición, que fue derrotada en el terreno de la ideología y de la organización.

Así pues, el núcleo dirigente del Partido, que encabezaba I.V. Stalin, defendió el leninismo en la lucha ideológica, formuló la estrategia y la táctica en la etapa inicial de la construcción socialista, obtuvo la aprobación del rumbo político por la mayoría de los militantes del Partido y de los trabajadores. Desempeñaron un papel importante en la derrota ideológica del trotskismo N. I. Bujarin, F. E. Dzerzhinski, S.M. Kirov, G. K. Ordzhonikidze, Y.E. Rudzutak y otros.

A fines de los años veinte se desplegó una enconada lucha también en torno al problema de las vías del paso del campesinado a los rieles del socialismo. En esta discusión se reveló en esencia la diferente actitud de la mayoría del Buró Político y del grupo de Bujarin en el problema de la aplicación de los principios de la nueva política económica en la nueva etapa del desarrollo de la sociedad soviética.

Las condiciones concretas de aquel tiempo —tanto interior como internacionales— promovieron como una tarea inmediata elevar de un modo considerable el ritmo de la construcción socialista.

14 Bujarin y sus partidarios, en sus cálculos y planteamientos teóricos, subestimaban prácticamente el significado del factor tiempo en la construcción del socialismo durante los años 30. Su posición la determinaban en alto grado una mentalidad dogmática y la evaluación no dialéctica de la situación concreta. Tanto el propio Bujarin como sus partidarios reconocieron poco después sus errores.

En este aspecto es oportuno recordar la caracterización de Bujarin, que le diera Lenin. "Bujarin no es sólo un teórico muy valioso e importante del Partido; además es considerado, merecidamente, el preferido de todo el Partido, pero sus conceptos teóricos

sólo pueden ser considerados plenamente marxistas con gran reserva, pues hay en él algo escolástico (nunca ha estudiado dialéctica y, pienso, nunca la ha entendido del todo)". (t. 45, pág. 345).

La vida confirmó de nuevo la razón de Lenin.

Así pues, las discusiones políticas de aquel tiempo reflejaban el complicado proceso en el desarrollo del Partido, que se caracterizaba por una enconada lucha en torno a los problemas más importantes de la construcción del socialismo.

En esta lucha, que hubo que atravesar, se formó la concepción de la industrialización y la colectivización.

Bajo la dirección del Partido y de su CC en corto plazo se creó, prácticamente de nueva planta, la industria pesada, incluyendo la producción de maquinaria, la industria de defensa, una producción química moderna para aquellos tiempos y se cumplió el plan GOELRO.

Fueron símbolos gloriosos de estos logros Magnitka, Kuzbass, Dnieprogués, Uralmash, el complejo de Jibini, las fábricas de automóviles de Moscú y Gorki, las fábricas de aviación, las fábricas de tractores de Stalingrado, Cheliabinsk y Jarkov, la fábrica de maquinaria agrícola de Rostov, Komsomolsk del Amur, Turksib y el Gran canal de Ferganá, así como otras muchas grandes construcciones de los primeros planes quinquenales. En este tiempo surgieron decenas de institutos de investigación científica y una vasta red de establecimientos de enseñanza superior.

El Partido propuso un camino de industrialización sin precedente: no confiando en fuentes exteriores de financiamiento y sin esperar acumulaciones de muchos años a expensas del fomento de la industria ligera, promocionar inmediatamente la industria pesada. Era el único camino posible en aquellas circunstancias, aun-

que increíblemente difícil para el país y el pueblo. Fue un paso innovador, en el que el impulso revolucionario de las masas se tenía en cuenta como parte integrante del crecimiento económico. La industrialización situó de un tirón el país a un nivel cualitativamente nuevo.

A fines de los años 30, la Unión Soviética pasó en la producción industrial al primer lugar en Europa y al segundo lugar en el mundo, convirtiéndose realmente en una gran potencia industrial. Fue una hazaña laboral, de significación histórica mundial, una proeza del trabajo liberado, una proeza del Partido bolchevique.

Y contemplando la historia con ojos serenos, teniendo en cuenta todo el conjunto de realidades interiores e internacionales, no es posible sustraerse a esta pregunta: ¿se podía en aquellas circunstancias escoger otro rumbo que el propuesto por el Partido? Si queremos permanecer en las posiciones del historicismo, de la verdad de la vida, la respuesta sólo puede ser una: no, no se podía escoger otro rumbo.

Cuando aumentaba visiblemente la sensación del peligro de agresión imperialista, en el Partido se afirmó el convencimiento de la necesidad no ya de superar paso a paso, sino literalmente de recorrer en el plazo histórico más breve la distancia entre el martillo macho y el arado de madera de los campesinos a la industria avanzada, sin la cual hubiera sido inevitable el hundimiento de toda la causa de la revolución.

La viabilidad de los planes que adelantaba el Partido, las consignas y los propósitos comprendidos y aceptados por las masas, encarnándose en ellos el espíritu revolucionario de Octubre, halló su expresión en el entusiasmo que asombró al mundo y con el que los millones de soviéticos se incorporaron a la construcción de la industria soviética.

En las más difíciles condiciones, creciendo de la mecanización, con un racionamiento al borde del hambre la gente hacía milagros. La inspiraba el incorporarse a la gran causa histórica. Deficientemente alfabetizada, se daba cuenta con su instinto de clase de qué grandiosa e inusitada causa era partícipe.

Nuestro deber y el de quienes nos han de seguir es tener presente esta hazaña de nuestros abuelos y padres. Cada cual debe saber que el trabajo y la abnegación desinteresada de ellos no han sido vanos.

Ellos superaron todo lo que les tocó en suerte e hicieron una inmensa aportación al afianzamiento de las conquistas de Octubre, a la creación de los fundamentos de nuestra fuerza que ha permitido defender la Patria contra el peligro mortal y defender el socialismo para el porvenir, para todos nosotros, camaradas. ¡Gloria a ellos, de quienes guardamos buena memoria!

Al propio tiempo, el período de que se trata tuvo sus pérdidas. Estas guardaban cierta relación con los éxitos mismos de que he hablado. Entonces se impuso el convencimiento de la eficacia universal de la rígida centralización, de que los métodos de ordeno y mando eran el camino más corto y mejor para la solución de cualquier problema.

Esto repercutía en la actitud ante las gentes, ante sus condiciones de vida.

Surgió el sistema de mando administrativo en la dirección del país por el Partido y el Estado, fue creciendo la burocracia contra cuyo peligro ya había advertido en su tiempo Lenin. Comenzaron a plasmarse asimismo las correspondientes estructuras de gestión y métodos de planificación.

Con el volumen de la industria de aquellos tiempos, cuando estaban a la vista literalmente todas las obras fundamentales del edificio industrial, semejantes métodos y semejante sistema

de gestión, hablando en términos generales, surtieron sus resultados. Sin embargo, tan rígido sistema de centralización y mando era inadmisibles en la solución de problemas que planteaba la reorganización del campo.

Hay que decir francamente: en la nueva etapa no hubo actitud suficientemente solícita ante los intereses del campesinado trabajador. Y, lo que es lo principal, no se valoró debidamente el hecho de que el campesinado como clase había cambiado cardinalmente en los años transcurridos después de la Revolución.

El campesino medio pasó a ser la figura fundamental. Se afianzó como amo este campesino trabajador, se había convencido a lo largo de una década que el Poder soviético era también su Poder.

El campesino medio pasó a ser fiel y seguro aliado de la clase obrera. Aliado sobre una base nueva, este campesino se convenció en la práctica de que su vida iba mejorando más y más.

Y si se hubiese contado más con las leyes económicas objetivas y se hubiese dedicado más atención a los procesos sociales en el campo; si, en general, la actitud ante estas enormes masas de campesinos trabajadores, cuya mayor parte había participado en la Revolución y la había defendido contra los guardias blancos y los intervencionistas, hubiese sido políticamente más comprobada; si se hubiese aplicado de modo consecuente la política de alianza con el campesino medio contra el kulak no hubieran tenido lugar las exageraciones, los excesos que se habían cometido durante la colectivización.

Hoy está claro: en la inmensa causa que afectaba los destinos de la mayor parte de la población del país se había cometido un abandono de la política de Lenin respecto del campesinado.

La dirección de este proceso social de tanta importancia y tan complejo, en el que muchas cosas dependían de

las condiciones locales se ejercía con métodos burocráticos.

Surgió el convencimiento de que todos los problemas pueden ser resueltos de golpe en plazos brevísimos. Comenzó una emulación entre regiones y áreas enteras del país por la colectivización total más rápida. Desde arriba se planteaban arbitrariamente tareas expresadas en tanto por ciento. Las graves vulneraciones de los principios de la colectivización se difundieron por todas partes.

Tampoco se eludieron excesos en la lucha contra los kulaks. Esta política, justa de por sí, de lucha contra los kulaks se interpretaba a menudo con tanta amplitud que se extendió también a una parte considerable de campesinos medios. Tal es la realidad histórica.

Pero, camaradas, de evaluar en conjunto el significado de la colectivización en la consolidación de las posiciones del socialismo en el agro, habrá que decir que ha sido, en última instancia, un viraje de significado básico.

La colectivización fue un cambio cardinal de todo el régimen de vida de la masa fundamental de la población del país sobre bases socialistas. Creó la base social para modernizar el sector agrario y llevarlo a los rieles de la gestión racional, permitió elevar sustancialmente la productividad del trabajo y liberar una parte considerable de la mano de obra indispensable para otras esferas de la construcción del socialismo. Todo esto tuvo consecuencias históricas.

Para comprender la situación de esos años cabe tener presente que el sistema burocrático de ordeno y mando que comenzó a formarse en el proceso de la industrialización y obtuvo nuevo impulso durante la colectivización repercutió en toda la vida socio-política del país. Arraigado en la economía, se extendió a la superestructura, restringiendo el despliegue del potencial democrático del socialismo y frenando el progreso de la democracia

socialista.

Ahora bien, lo dicho no pone al descubierto toda la complejidad de ese período.

¿Qué ha pasado aquí? En realidad quedaba atrás el período de las pruebas ideopolíticas más graves para el Partido. Millones de personas se habían incorporado con entusiasmo al trabajo para llevar a cabo las transformaciones socialistas. Comenzaban a aparecer los primeros éxitos. Y al propio tiempo los métodos que imponía el período de lucha contra la oposición hostil de las clases explotadoras se extendían mecánicamente al período de la construcción pacífica del socialismo, cuando las condiciones ya habían cambiado radicalmente. En el país se creaba un clima de intolerancia, hostilidad y sospechas.

En lo sucesivo semejante práctica política se amplió y se argumentó con la errónea "teoría" de la agravación de la lucha de clases en el proceso de la construcción del socialismo.

Todo esto ejerció nefasta influencia sobre el desarrollo socio-político del país y tuvo graves consecuencias.

Está a todas luces claro que precisamente la ausencia del debido nivel de democratización de la sociedad soviética hizo posibles tanto el culto a la personalidad como las vulneraciones de la legalidad, las arbitrariedades y las represiones de los años 30.

Digo sin ambages: se cometieron verdaderos crímenes del abuso de Poder. Fueron víctimas de represiones masivas muchos miles de militantes del Partido y personas sin partido. Tal es, camaradas, la amarga verdad.

Se causó grave daño a la causa del socialismo y al prestigio del Partido. Y debemos decirlo francamente. Esto es indispensable para afirmar del todo y definitivamente el ideal leninista del socialismo.

Hoy se discute mucho sobre el papel de Stalin en nuestra historia. Su personalidad es en extremo contra-

dictoria. Sin abandonar las posiciones de la verdad histórica, debemos ver tanto el aporte indiscutible de Stalin a la lucha por el socialismo como los burdos errores públicos y la arbitrariedad de Stalin y quienes lo rodeaban, por lo cual nuestro pueblo pagó un alto precio y que tuvieron graves consecuencias para la vida de nuestra sociedad.

A veces afirman que Stalin no estaba al tanto de muchos hechos de la arbitrariedad. Los documentos que operan en nuestro poder dicen que esto no es verdad. Es inmensa e imperdonable la culpa de Stalin y sus allegados ante el Partido y el pueblo por las represiones y arbitrariedades masivas que se cometieron. Esto es una enseñanza para todas las generaciones.

Por supuesto que, a despecho de las afirmaciones de nuestros adversarios ideológicos, el culto a la personalidad de Stalin no era inevitable. Es ajeno a la naturaleza del socialismo, es un abandono de los principios básicos del socialismo y, por lo tanto, no tiene justificación.

En los congresos XX y XXII el Partido censuró duramente tanto el culto a Stalin como sus secuelas. Sabemos ahora que las acusaciones y represiones políticas contra varias personalidades del Partido y el Estado, contra muchos comunistas y sin partido, cuadros de la economía y militares, hombres de ciencia y figuras de la cultura fueron resultado de falsificaciones premeditadas.

Muchas acusaciones fueron refutadas en lo sucesivo, sobre todo después del XX Congreso del Partido. Miles de inocentes fueron rehabilitados por completo.

Pero el proceso de restablecimiento de la justicia no ha sido llevado hasta el fin, en realidad, se suspendió a mediados de los años 60. Ahora, de conformidad con el acuerdo del Pleno del CC de octubre de 1987 tenemos que volver a este problema.

El Buró Político del CC ha formado una comisión para examinar en todos sus aspectos los hechos y documentos nuevos y los ya conocidos concernientes a estos problemas. Cuando se conozcan los resultados de la labor de la comisión se adoptarán los pertinentes acuerdos.

Todo esto hallará reflejo también en el ensayo de historia del PCUS, cuya redacción se encargará a una comisión especial del CC. Tenemos que hacerlo. Tanto más que incluso ahora chocamos con tentativas de eludir los problemas dolorosos de nuestra historia, de silenciarlos, de crear una impresión de que nada especial ha ocurrido.

No podemos estar de acuerdo con eso. Ello sería desprestigiar la verdad histórica, significaría una falta de respeto a la memoria de las víctimas de persecuciones ilegítimas y arbitrarias. No podemos aceptarlo, además, porque el análisis veraz debe ayudarnos a resolver nuestros problemas de hoy: democratización, legalidad, *glasnost* y superación de la burocracia, en una palabra, los problemas candentes de la *perestroika*. Esta es la razón de que también aquí pongamos todo en claro, seamos exactos y consecuentes.

La comprensión honrada tanto de nuestros adelantos como de los males pasados, la evaluación política exhaustiva y acertada de los mismos nos brindarán un auténtico punto de referencia moral para el porvenir.

Al hacer el balance general del período de los años 20-30 después de Lenin, se puede decir lo siguiente: hemos recorrido un largo y heroico camino difícil y lleno de contradicciones y complejidades.

Ni los graves errores ni el abandono de los principios del socialismo han podido desviar nuestro pueblo, nuestro país, del camino que emprendió al hacer su opción en 1917.

¡Ha sido muy grande el impulso de Octubre! ¡Han sido muy fuertes las ideas que se apoderaron de las ma-

sas! El pueblo se sintió partícipe en una gran causa y comenzó a recoger los frutos de su trabajo. Su patriotismo ha adquirido un contenido nuevo, socialista.

Y esto se ha hecho patente con toda la fuerza en las duras pruebas de la Gran Guerra Patria de 1941-1945.

Hoy se discute activamente en Occidente la situación creada en vísperas de la guerra. Se mezcla la verdad con la semiverdad. Se esfuerzan particularmente los que no están satisfechos de los resultados políticos, territoriales y sociales de la Segunda Guerra Mundial, quienes siguen pensando en la manera de enmendarlos. Por eso están interesados en poner de cabeza la verdad histórica, remover los nexos de causa y efecto y falsificar la cronología.

En este contexto ocurren a cualquier mentira para echar a la Unión Soviética la culpa por la Segunda Guerra Mundial, cuyo camino, como pretenden, fue abierto por el pacto Ribbentrop-Mólotov de no agresión. El problema merece que nos detengamos con más detalles en él.

De hecho, la Segunda Guerra Mundial no devino realidad trágica el 1º de setiembre de 1939. La ocupación de Nordeste de China por el Japón ("el incidente de Manchuria" de 1931-1932) la agresión de Italia a Etiopía (1935) y Albania (primavera de 1939), la intervención *germano-italiana* contra la España republicana (1936-1939), la *invasión armada* del Japón en el Norte de China y, luego, en China Central (verano de 1937), *tales son* los primeros incendios de la Segunda Guerra Mundial.

Otro problema es que a la sazón en Occidente todavía trataban de crear la impresión de que esto nada tenía que ver con ellos o tenía que ver muy poco para alzarse en defensa de las víctimas de la agresión. El odio hacia el socialismo, los cálculos para largos períodos y el egocentrismo clasista no

permitían comprender sensatamente a las gentes de que la señal de agresión de los nazis a Polonia y, por lo tanto, de comienzo de la Segunda Guerra Mundial la ha dado el pacto soviético-alemán de no agresión del 23 de agosto de 1939.

Es más, se carecía con insistencia al fascismo la misión de destacamento de choque en la cruzada anticomunista. Tras Etiopía y China se lanzó al horno de la "pacificación" a Austria y Checoslovaquia, la espada quedó pendiente sobre Polonia, todos los Estados del Báltico y la cuenca del Danubio, se hacía propaganda abierta para convertir Ucrania en trigal y granja ganadera del "tercer Reich".

En fin de cuentas los torrentes fundamentales de la agresión se canalizaron contra la Unión Soviética y, por cuanto se había comenzado a repartir nuestro país mucho antes de la guerra, no es difícil comprender qué limitada era nuestra posibilidad de opción.

Dicen que la decisión de la Unión Soviética, al concertar con Alemania el pacto de no agresión, no era la mejor. Es posible, si no nos guiamos por la rígida realidad, sino por abstracciones especulativas arrancadas del contexto de la época.

También en estas condiciones el problema se planteaba aproximadamente de la misma manera que en los tiempos de la Paz de Brest: será o no será independiente nuestro país, habrá o no habrá socialismo en la Tierra.

La URSS hizo mucho para crear un sistema de seguridad colectiva y conjurar la matanza mundial. Pero las iniciativas soviéticas no hallaron eco entre los políticos y politiqueros occidentales que pensaban con sangre fría en la manera de arrastrar más hábilmente el socialismo a las llamas de la guerra, de hacerlo chocar directamente con el fascismo.

Rechazados ya por nuestro nacimiento socialista, no podíamos, en modo alguno, tener "razón" ante el imperialismo.

Como he dicho ya, los medios gobernantes occidentales, deseosos de expiar sus pecados, tratan de convencer

a las gentes de que la señal de agresión de los nazis a Polonia y, por lo tanto, de comienzo de la Segunda Guerra Mundial la ha dado el pacto soviético-alemán de no agresión del 23 de agosto de 1939.

Es como si no hubiera habido el Acuerdo de Munich con Hitler suscrito por Inglaterra y Francia ya en 1938 con la asistencia activa de los Estados Unidos ni el Anschluss de Austria ni la crucifixión de la República Española, ni la ocupación de Checoslovaquia y Klaipeda por los nazis ni la conclusión en 1938 de pactos de no agresión de Londres y París con Alemania.

Por cierto, semejante pacto concertó también la Polonia prebélica.

Todo esto, como ven ustedes, encajaba perfectamente en la estructura de la política imperialista, se consideraba y se considera absolutamente normal.

Por los documentos se sabe que la fecha de agresión de Alemania a Polonia ("no más tarde del 1º de setiembre") fue fijada ya el 3 de abril de 1939, es decir, mucho tiempo antes del pacto soviético-alemán.

En Londres, París y Washington se conocían los más pequeños detalles de los preparativos para la campaña de Polonia, como se sabía igualmente que el único obstáculo capaz de detener a los hitlerianos podía ser la conclusión, a más tardar en agosto de 1939, de una alianza militar anglo-franco-soviética.

Conocía estos planes también la dirección de nuestro país, por cuya razón trató de convencer a Inglaterra y Francia de la necesidad de medidas colectivas. Llamó también al Gobierno polaco de entonces a la cooperación a fin de poner coto a la agresión.

Pero las potencias occidentales tenían otros planes: engañar a la URSS con promesas de alianza e impedir así la conclusión del pacto de no agresión que se nos había propuesto, privarnos de la posibilidad de prepa-

arnos mejor para la inevitable agresión de la Alemania hitleriana a la URSS.

Tampoco podemos olvidar que en agosto de 1939 la Unión Soviética se hallaba ante el peligro real de guerra en dos frentes: en el Oeste, con Alemania, y en el Este, con el Japón que había desencadenado un sangriento conflicto junto al río Jaljin-Gol.

Pero la vida y la muerte, despreciando los mitos, salieron a órbitas reales. Se iniciaba un nuevo capítulo, el más difícil y complejo de la historia moderna. Sin embargo, en esta etapa conseguimos postergar el choque con el enemigo, con un enemigo que sólo dejaba para sí mismo y para el adversario una opción: vencer o perecer.

La agresión que nos impusieron fue un examen implacable de vitalidad para el régimen socialista, de firmeza para el multinacional Estado soviético, para la fuerza del espíritu patriótico de los soviéticos. ¡Y este examen a hierro y fuego lo hemos aprobado, camaradas!

Lo hemos aprobado porque para nuestro pueblo *esta guerra devino Gran Guerra Patria*, ya que en la lucha contra un enemigo como el fascismo germano se trataba de una lucha a vida o muerte, de ser libres o avasallados.

20 Lo hemos aprobado porque la guerra *devino guerra de todo el pueblo*. Todos se alzaron para defender la Patria: viejos y jóvenes, hombres y mujeres, todas las naciones y todos los pueblos del gran país. Emprendió su primer combate también la generación nacida de la Revolución de Octubre y formada por el régimen socialista.

Inaudita firmeza y heroísmo en los campos de batalla, valerosa lucha de guerrilleros y combatientes clandestinos tras la línea de frente, trabajo infatigable de día y de noche casi sin cesar en la retaguardia, esto ha sido para nosotros la guerra.

Los soviéticos luchaban y trabaja-

ban para defender la Patria y el régimen socialista, las ideas y la causa de Octubre.

Cuando se lanzó sobre nuestra casa común la indecible calamidad, el pueblo soviético no tembló, no se doblegó bajo los golpes de los primeros reveses y derrotas ni bajo el peso de los millones de muertes, torturas y sufrimientos.

Desde el primer día de la guerra tenía firme fe en la futura Victoria. Llevando capote de soldado o traje de trabajo hizo todo al alcance y por encima del límite de las fuerzas humanas para acercar este esperado día.

Y cuando a los 1,418 días de la guerra llegó la Victoria todo el mundo salvado respiró libre riendo lo merecido al pueblo soviético vencedor, héroe y trabajador, a su valeroso ejército que había pasado en medio de combates miles de kilómetros costando cada uno de ellos muchas vidas y mucha sangre y sudor.

En la Gran Guerra Patria se hizo patente en toda su talla el talento de los eminentes jefes militares salidos de lo más hondo del pueblo: G. K. Zhúkov, K. K. Rokosovski, A. M. Vasilevski, I. S. Kónev y otros famosos mariscales, generales y oficiales, jefes de frentes y ejércitos, cuerpos de ejército, divisiones, regimientos, compañías y pelotones.

En la conquista de la Victoria desempeñaron su papel la inmensa voluntad política, la decisión de lograr fines concretos y la tenacidad, la capacidad de organizar y disciplinar a las gentes de que dio pruebas en los años de la guerra I. V. Stalin.

Pero el principal peso de la guerra recayó sobre el sencillo soldado soviético, carne de la carne del pueblo, gran trabajador, valeroso, lleno de amor a su Patria. ¡Muchos honores y gloria eterna a él!

Millones de veteranos de la Gran Guerra Patria siguen hoy trabajando y participando activamente en los

asuntos de la *perestroika*, la renovación revolucionaria de la sociedad. ¡Les expresamos nuestra gratitud filial!

El alma de todas las gestas combati-vas y laborales ha sido nuestro Partido leninista. En el frente, en las trincheras, los comunistas eran los primeros en lanzarse al ataque conduciendo con su ejemplo personal a los demás; en la retaguardia eran los últimos en salir de la fábrica, de los campos y de las granjas.

Los soviéticos vieron con más diáfania que nunca que el PC (b) de la URSS era su Partido querido, y los comunistas mostraban en la práctica lo que era ser vanguardia del pueblo cuando ardían las llamas de la guerra, cuando se planteaba el problema de vivir o morir.

Se puede decir con toda seguridad: los años de la Gran Guerra Patria constituyen una de las más gloriosas y heroicas páginas en la vida del Partido mismo escritas por la valentía y el valor, la mayor abnegación y el espíritu de sacrificio de millones de comunistas.

La Guerra mostró que el pueblo soviético y el Partido, el socialismo y Octubre son inseparables y que no hay en el mundo fuerza capaz de destruir esta unidad.

El socialismo no sólo se mantuvo firme y no sólo logró la victoria. Salió de la más tremenda y destructiva guerra más fuerte moral y políticamente y consolidó su prestigio e influencia en el mundo entero.

Terminada la contienda, los enemigos nos auguraban la decadencia económica, el aislamiento de nuestro país por mucho tiempo de la política mundial y estimaban que no conseguiríamos reponernos de la guerra en cincuenta o incluso más años.

Pero el pueblo soviético restableció en breve plazo las ciudades y aldeas destruidas, levantó de las ruinas las fábricas, los koljoses y los sovjoses, las

escuelas y los centros de enseñanza superior, así como las instituciones culturales.

Y una vez más se hizo ver la *gran fuerza* del Estado socialista, la *voluntad del Partido* impulsada por la comprensión de los supremos intereses de la Patria de Octubre; la *firmeza* y la *sabiduría* proletaria de los obreros, sobre cuyos hombros recayó el peso principal de la transformación pacífica del poderío industrial del país y la restauración de lo destruido; la *abnegación, la paciencia y el patriotismo* del campesinado que entregó lo último que tenía para dar de comer al país en ruinas.

Y la *amistad de los pueblos*, su ayuda mutua, su disposición de ayudar en común y fraternalmente a quien sufrió más, ayudar a levantarse a aquellas zonas de la Patria común por las que pasó con particular crueldad la pesada maquinaria de la guerra.

En el heroísmo de la vida laboral de los difíciles años posbélicos radica la fuente de nuestros adelantos del progreso económico, científico y técnico, las realizaciones en el dominio de la energía atómica, los primeros despegues de las naves cósmicas y la elevación del bienestar material y cultural del pueblo.

Sin embargo, al propio tiempo —tiempo de nueva hazaña popular para el bien del socialismo— se hacía sentir más y más la contradicción entre lo que era ya nuestra sociedad y los anteriores métodos de dirección.

Seguían los abusos de poder y las vulneraciones de la legalidad socialista. Fueron fraguados el “asunto de Leningrado” y el “asunto de los médicos”. Y no sólo eso. En una palabra, faltaba el auténtico respeto hacia el pueblo.

La gente trabajaba abnegadamente, estudiaba, se esforzaba para adquirir nuevos conocimientos, transigía con las dificultades y la escasez de cosas indispensables, pero se daba cuenta de que en la sociedad se acumulaban rece-

los y esperanzas. Y todo esto se apoderó de la conciencia social poco tiempo después de la muerte de Stalin.

A mediados de los años 50, sobre todo después del XX Congreso del PCUS, pasó por el país un viento de cambios, el pueblo cobró aliento, se reanimó, adquirió más audacia y seguridad. La crítica del culto a la personalidad y sus secuelas y el restablecimiento de la legalidad socialista exigieron no poco valor al Partido y su dirección con N. S. Jruschov al frente.

Comenzaron a caer por tierra los anteriores elementos estereotipados en la política interior y exterior. Se hicieron intentos de quebrantar los métodos burocráticos de orden y mando en la gestión arraigados en los años 30-40, de imprimir mayor dinamismo al socialismo, de recalcar los ideales y valores humanistas y revitalizar el espíritu creador del leninismo en la teoría y la práctica.

El afán de modificar las prioridades del fomento económico y de poner en acción estímulos relacionados con el interés personal por los resultados del trabajo *penetraban* los acuerdos de los plenos del CC del PCUS de setiembre de 1953 y julio de 1955.

Se pasó a prestar más atención al fomento de la economía agropecuaria, la construcción de viviendas, la industria ligera, la esfera de consumo, todo lo que estaba relacionado con la satisfacción de las necesidades humanas.

En una palabra, las cosas iban mejorando tanto en la sociedad soviética como en las relaciones internacionales. Pero se cometieron no pocos errores subjetivistas que complicaron la salida del socialismo a la nueva etapa y comprometieron en muchos aspectos las iniciativas progresistas.

Es que las tareas cualitativamente nuevas de la política interior y exterior y la construcción del Partido se cumplían a menudo con métodos voluntaristas, con ayuda del viejo mecanismo político y económico.

Pero las causas principales de los fracasos de las reformas que se emprendían en ese período consistían en que estas últimas no se asentaban en el vasto despliegue de los procesos de la democratización.

En el Pleno del CC del PCUS de octubre de 1964 tuvo lugar un cambio de la dirección del Partido y del país, se adoptaron acuerdos con vistas a superar las tendencias voluntaristas y los desfases en la política interior y exterior. El Partido quería lograr cierta estabilización en la política y ofrecerle rasgos y bases realistas.

Los Plenos del CC del PCUS de marzo y setiembre de 1965 plantearon nuevos enfoques en la dirección de la economía. Fueron trazadas y comenzaron a ponerse en práctica la reforma económica y grandes programas para potenciar nuevas áreas y fomentar las fuerzas productivas.

Esto mejoró en los primeros años la situación en el país. Crecía el potencial económico y científico, iba en ascenso la capacidad de defensa, se elevaba el nivel de bienestar de la gente. Se llevaron a cabo muchas acciones en la política exterior que consolidaron el prestigio internacional de nuestro Estado. Se aseguró la paridad estratégica militar con los Estados Unidos.

El país disponía de grandes posibilidades para seguir acelerando su desarrollo. Ahora bien, para utilizar estas posibilidades, ponerlas en acción, se necesitaban nuevos cambios cardinales en la sociedad y, desde luego, la correspondiente voluntad política. Escaseaban los unos y los otros. Incluso muchas cosas de las convenidas se quedaron en el papel, se quedaron colgadas en el aire. El ritmo de nuestro avance disminuyó gravemente.

En el Pleno del CC de abril de 1985 y el XXVII Congreso del Partido se enumeró francamente las causas de la situación que se había creado, se puso al descubierto el mecanismo que fre-

naba nuestro desarrollo y se le dio la debida calificación.

Se subrayó que en los últimos años de vida y actividad de L. I. Brézhnev frenaban en muchos aspectos la búsqueda de caminos de avance la adhesión a las acostumbradas fórmulas y esquemas que no reflejaban las nuevas realidades. Aumentó la distancia entre lo dicho y lo hecho.

Crecían los procesos negativos en la economía que habían creado, en realidad, una situación de precrisis. Aparecieron muchos fenómenos anómalos en la esfera social, espiritual y moral que deformaban los principios de la justicia socialista, socababan en el pueblo la fe en ella y engendraban el enajenamiento y la falta de moral sociales en sus distintas formas. La creciente disparidad entre los sublimes principios del socialismo y la realidad cotidiana de la vida se hizo intolerable.

Las fuerzas sanas en el Partido y en la sociedad considerada en conjunto se daban más y más cuenta de la imperiosa necesidad de superar los fenómenos negativos, modificar el curso de los sucesos, asegurar la aceleración del progreso socio-económico del país y lograr la depuración y la renovación moral del socialismo.

La respuesta a esta acuciante demanda social fueron precisamente la concepción y la estrategia de aceleración del avance socio-económico del país planteadas en el Pleno del CC de abril de 1985, así como el rumbo hacia la renovación del socialismo, que obtuvieron desarrollo teórico y político en los acuerdos del XXVII Congreso, los plenos sucesivos del CC y se erigieron en línea general de la *perestroika* revolucionaria de todos los aspectos de la vida de la sociedad socialista.

La idea de la *perestroika* tiene por base nuestra historia de 70 años, los firmes cimientos del edificio social nuevo por principio levantado en el País de los Soviets, y se conjugan en

ella la continuidad y la innovación, la experiencia histórica del bolchevismo con la esencia contemporánea del socialismo.

Nuestro deber es proseguir y multiplicar la causa de los pioneros de la revolución y el socialismo. Y lo lograremos necesariamente con nuestro trabajo, aprovechando con espíritu creador la experiencia de las generaciones que tendieron el camino de Octubre antes de nosotros y para nosotros.

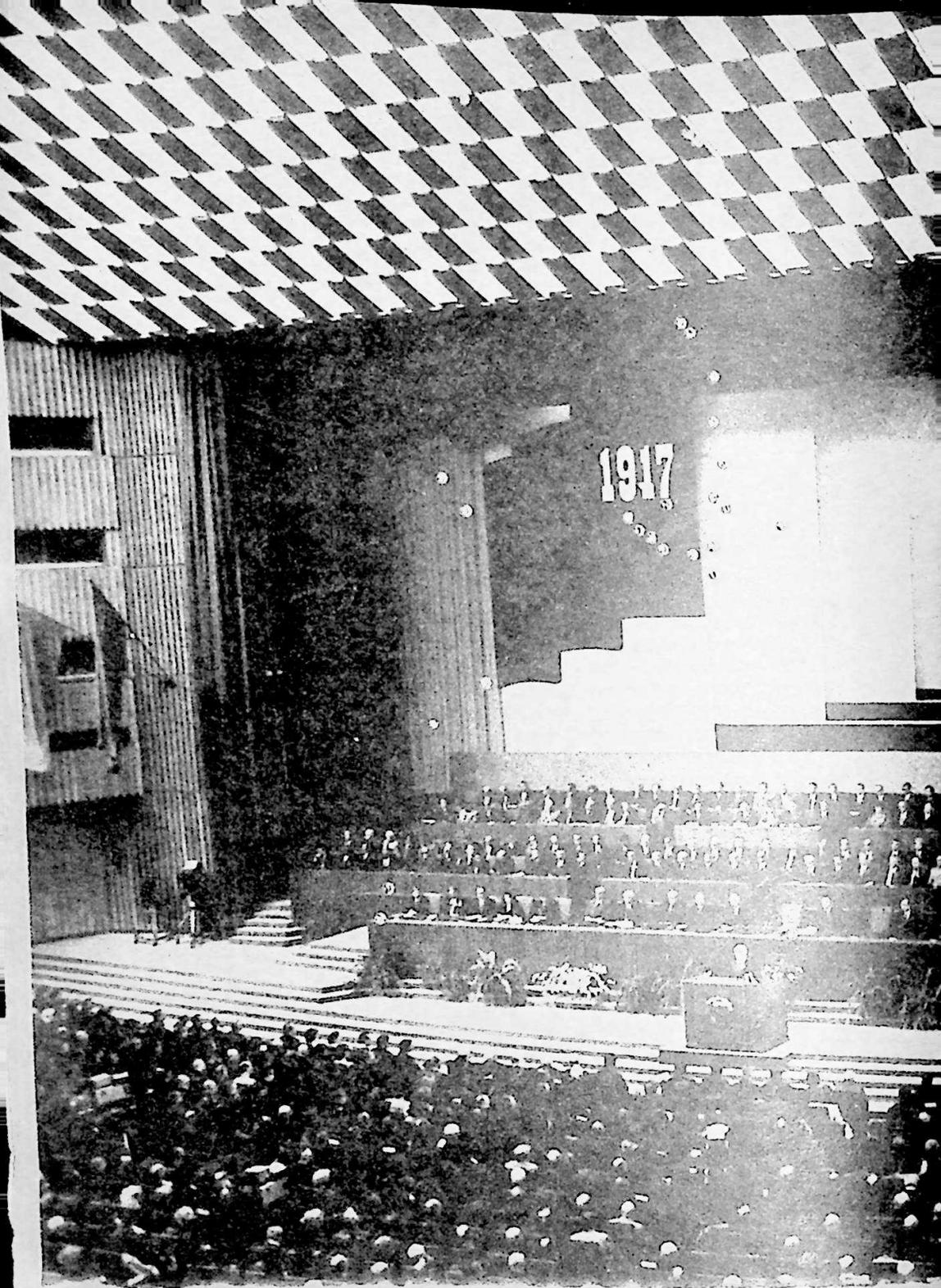
Camaradas: Avanzamos por un camino revolucionario, y éste no es un camino para débiles y tímidos, es un camino para fuertes y audaces. Así ha sido siempre el pueblo soviético tanto en los años de las grandiosas transformaciones sociales como en los de pruebas militares y en los de pacífica labor constructiva.

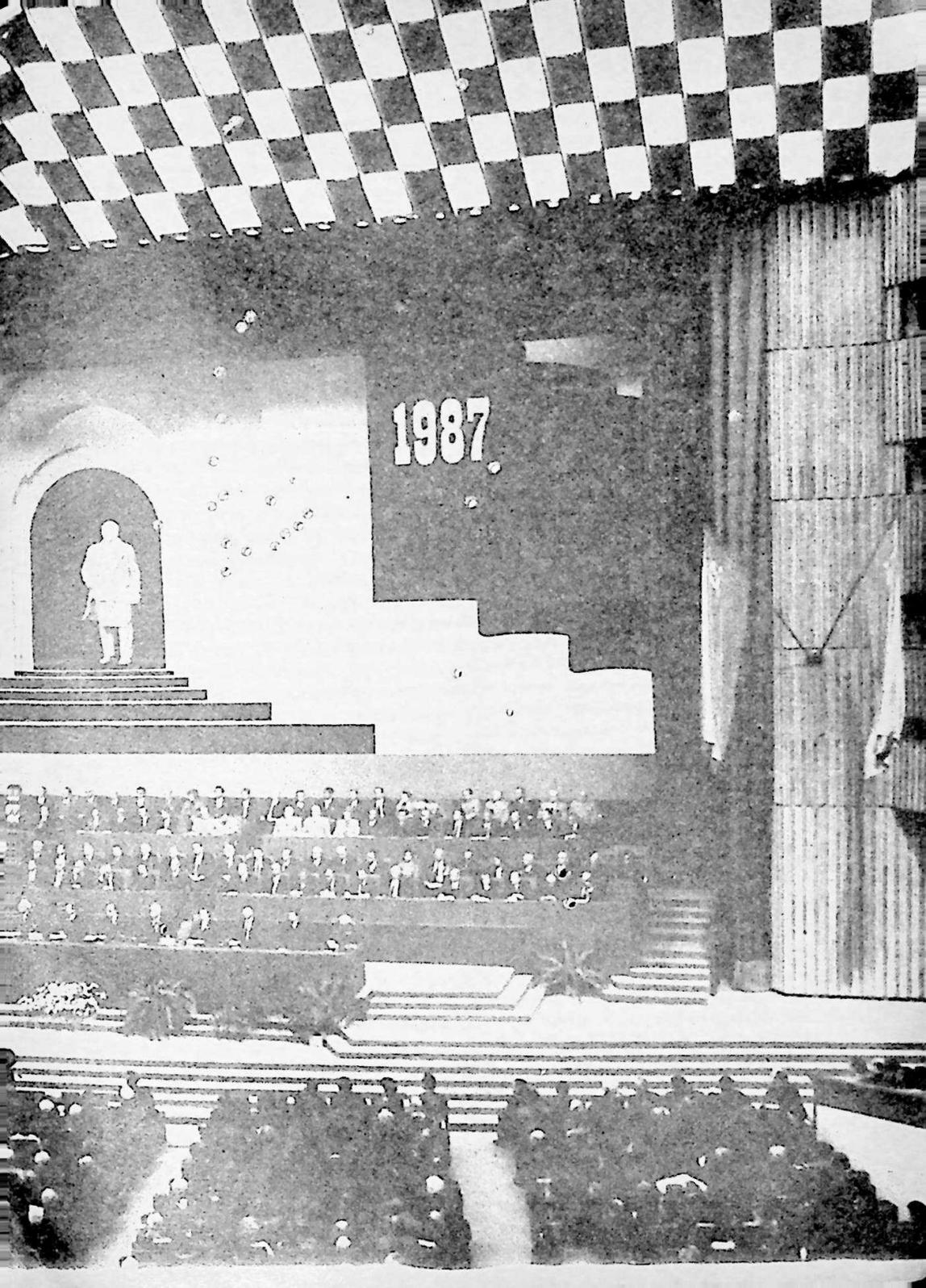
Precisamente el pueblo crea su siempre nada sencilla historia y su destino, imposibles de repetir e inapreciables, como la propia vida humana. Y esto es mil veces más justo cuando se trata de la historia del socialismo, de la continuación de la causa de la Gran Revolución.

La fuerza aglutinante y de vanguardia del pueblo ha sido y sigue siendo la clase obrera. Ya en los albores del movimiento revolucionario hacia suyo el llamamiento de Lenin: "Luchar por la libertad, sin abandonar *ni un instante* la idea del socialismo y el trabajo para hacerlo realidad, de la preparación de las fuerzas y de organización para conquistar el socialismo". (t. 10, pág. 283).

Precisamente la clase obrera en alianza con todos los trabajadores llevó a cabo la Gran Revolución de Octubre, construyó el socialismo, lo defendió en duras luchas con el enemigo. ¡Lo soportó todo, resistió todas las pruebas y lo superó todo!.

También hoy está en la vanguardia del socialismo en desarrollo, de la renovación revolucionaria. ¡Gloria y





1987

gran honor a la clase obrera!.

Nuestro Partido leninista nació y se desarrolló como combativa vanguardia de la clase obrera. De ella extrajo la poderosa fuerza de la seguridad, firmeza, disciplina y estoicismo en la lucha por los ideales del socialismo, la sabia y humana concepción de la vida.

Y también hoy, siendo como es el partido de todo el pueblo mantiene estos mejores rasgos de la clase que ataca y crea. ¡Hoy y en todas las etapas de la historia del socialismo!

El principal sentido determinante de nuestra historia consiste en que todos los setenta años nuestro pueblo ha vivido y trabajado bajo la dirección del Partido en nombre del socialismo, en nombre de una vida mejor y justa. ¡Es éste el destino creador de un pueblo constructor!.

II. EL SOCIALISMO EN DESARROLLO Y LA PERESTROIKA

Camaradas:

Candentes e impostergables demandas nos han hecho sacar la conclusión de la necesidad de emprender la *perestroika*. Pero, cuanto más hondo calábamos en nuestros problemas, tratando de captar su sentido más claro, veíamos que la *perestroika* tiene un contexto sociopolítico e histórico más amplio.

La *perestroika* no es sólo la superación del estancamiento y conservadurismo del período precedente, una rectificación de los errores cometidos, sino, igualmente, la superación de rasgos de la organización social y los métodos de trabajo históricamente limitados, rasgos que han agotado sus posibilidades.

Esto significa imprimir al socialismo las formas más modernas a tono con las condiciones y las demandas de la revolución científico-técnica, con el progreso intelectual de la sociedad soviética.

Es un proceso relativamente largo

de renovación revolucionaria de la sociedad y posee sus propia lógica y etapas.

V.I. Lenin veía la misión histórica del socialismo en preparar mediante el trabajo de una larga serie de años el tránsito al comunismo (t. 44, pág. 151). El Jefe de la Revolución estimaba altamente la capacidad de Marx y Engels de "analizar con escrupulosidad extraordinaria . . . precisamente las formas de transición, a fin de determinar en cada caso, en dependencia de las peculiaridades históricas concretas, qué clase de tránsito de qué y hacia qué presupone la forma dada" (t. 38, pág. 72).

En una palabra, nuestros maestros advertían reiteradamente que el camino de la construcción de la nueva sociedad consta de una larga serie de transiciones.

Tenemos todos los fundamentos para enfocar la *perestroika* como determinada etapa histórica en el avance progresivo de nuestra sociedad. Y al contestar a la pregunta de Lenin "de qué a qué" pasamos, hay que decir con toda seguridad: necesitamos imprimir al socialismo una nueva calidad, como suelen decir, nuevos alientos, y para ello hay que proceder a la profunda renovación de todos los aspectos de la vida de la sociedad tanto material como espiritual y poner con la mayor plenitud al descubierto el carácter humanista de nuestro régimen.

La finalidad de la *perestroika* es restablecer en plena medida teórica y prácticamente la concepción leniniana del socialismo, en la que la prioridad indiscutible pertenece al trabajador y a sus ideales e intereses, a los valores humanistas en la economía, las relaciones sociales y políticas y la cultura.

Nuestra esperanza de depuración revolucionaria y renacimiento consiste en revelar los inmensos recursos sociales del socialismo mediante la activación del individuo, del factor humano.

Merced a la *perestroika* el socialis-

mo puede y debe hacer realidad en plena medida sus posibilidades como régimen del humanismo efectivo que sirve al hombre y lo eleva.

Es una sociedad para la gente, para el florecimiento de su trabajo creador, bienestar, salud, desarrollo físico y espiritual, es una sociedad donde el hombre se siente amo con todos los derechos y lo es efectivamente.

Los dos problemas clave del desarrollo de la sociedad determinan la suerte de la perestroika: la democratización de toda la vida social y la reforma económica radical.

Al continuar la causa de Octubre, la *perestroika* ha planteado como tarea primordial la continua profundización y el desarrollo de la democracia socialista.

La democratización de la sociedad es el alma de la *perestroika*, y de cómo avance ésta dependen tanto el éxito de la propia *perestroika* como, y se puede decirlo, sin incurrir en exageración, el porvenir del socialismo considerado en conjunto.

Es ésta la más firme garantía de los cambios en la política y la economía, que excluye cualquier retroceso.

Los cambios que se verifican ahora en el país son, quizá el más importante paso que se da después de Octubre por el camino del fomento de la democratización socialista.

Al reestructurar nuestro sistema económico y político, tenemos el deber de crear, en primer lugar, un mecanismo seguro y flexible de incorporación real de todos los trabajadores a la solución de los asuntos estatales y sociales.

En segundo lugar, enseñar en la práctica a vivir en medio de una democracia que se profundiza, ampliar y consolidar los derechos humanos, fomentar la cultura política moderna de las masas. Dicho con otros términos: enseñar y aprender democracia.

Al celebrar el 70 aniversario de nuestra revolución y al reflexionar so-

bre el porvenir debemos mirar con atención para ver cómo avanza el proceso de democratización de la sociedad y qué es lo que estorba.

Las dificultades y las contradicciones no son pocas aquí y, a veces, son inesperadas. Hay casos de lucha entre lo nuevo, lo avanzado, con lo viejo, lo caduco. Hay cierta inseguridad y se dan casos de indecisión.

En los primeros días de la Revolución de Octubre, V. I. Lenin hacía constar que los obreros y los campesinos se muestran todavía "tímidos", no son todavía lo bastante decididos, no se han acostumbrado todavía a la idea de que ellos precisamente deben tomar en sus manos todos los resortes de la gestión.

"Pero la fuerza, la vitalidad y la invencibilidad de la Revolución de Octubre de 1917 radican precisamente en que ésta —escribía Lenin— *despierta* esas cualidades, derrumba todos los viejos obstáculos, rompe las trabas vestidas y lleva a los trabajadores al camino de la creación *por ellos mismos* de la nueva vida (t. 35, pág. 199).

Y ahora vemos con qué dificultad la gente se acostumbra a la nueva situación, a la posibilidad y la necesidad de vivir y resolver todos los problemas con ayuda de métodos democráticos. Muchos se muestran "tímidos" por el momento, hacen las cosas con demasiada precaución, tienen miedo de asumir la responsabilidad, son todavía cautivos de las normas e instrucciones obsoletas.

El problema consiste en inculcar a la gente el gusto por la labor por cuenta propia y la responsabilidad de abordar los asuntos de la producción y la sociedad a cualquier nivel, fomentar la autogestión como poder del pueblo ejercido por el pueblo y en beneficio del pueblo.

El desarrollo de la autogestión se realizará principalmente a través de los Soviets que, de acuerdo con la concepción del Partido, deben justifi-

ficar plenamente su papel de "organismos plenipotenciarios y con poder de decisión". Estos últimos tiempos se han ampliado considerablemente los derechos y posibilidades de los Soviets de todos los niveles.

Este proceso proseguirá en adelante, lo cual quiere decir que los Soviets cobrarán fuerza y la democracia soviética se desarrollará en profundidad.

Hemos comenzado a perfeccionar el sistema electoral. Las elecciones celebradas el pasado mes de junio nos han convencido de que los nuevos enfoques son justos y fructíferos.

Aunque tampoco esta vez han estado exentas de formalismo y orquestación, han mostrado la crecida actividad política del pueblo y el interés de la gente por que se elija a los Soviets a quienes son realmente los mejores representantes de los trabajadores.

La *perestroika*, el desarrollo de la democracia, permiten accionar a plena potencia la energía, las posibilidades y los derechos de los sindicatos, del Komsomol y de otras organizaciones sociales, incluidas las que han surgido en los últimos años, tales como la Organización de Veteranos de la Guerra y del Trabajo de la URSS, los consejos de mujeres, la Fundación Soviética de la Cultura y la Fundación Lenin para la infancia.

28 Importa que la actividad cotidiana de estas organizaciones esté vinculada a la solución de las tareas vitales y refleje los intereses de las amplias masas trabajadoras.

En las colectividades laborales han aparecido muchos elementos nuevos y alentadores. Se despeja un amplio campo para iniciativas útiles, para que se resuelvan de manera operativa, sin lentitudes burocráticas, todos los problemas esenciales.

Los nuevos procesos que se han desplegado en el país plantean también de un modo nuevo las cuestiones de la cultura general, política y jurídica, yo diría de la cultura del democra-

tismo socialista. Precisamente con la insuficiencia de cultura en este terreno están relacionadas en gran medida tareas tales como el burocratismo y los abusos de poder, la adulación a los cargos, el desorden económico y la falta de responsabilidad.

La verdadera cultura del socialismo no admite el estilo impositivo, de ordeno y mando, ni las medias tintas en cuestiones de organización, la sustitución del trabajo real por habladurías huecas. Tanto lo uno como lo otro es ajeno al socialismo.

Tampoco cabe duda de que cuanto más amplia y profunda es la democracia, tanta mayor atención requieren la legalidad y el orden legal socialistas y con tanta más fuerza se nos plantea la necesidad de un alto nivel de organización y disciplina consciente.

La cultura de la democracia no puede limitarse a la esfera de la política. Debe impregnar todos los dominios de las relaciones humanas. Nosotros partimos de que el socialismo es una sociedad de creciente diversidad en los juicios, las relaciones recíprocas y la actividad de las personas.

Cada persona tiene su experiencia social, su nivel de conocimientos e instrucción y sus peculiaridades en la percepción de lo que ocurre. De ahí la inmensa gama de opiniones, convicciones y apreciaciones, las cuales, naturalmente, deben ser tenidas en cuenta y confrontadas atentamente.

Somos partidarios de la diversidad de la opinión pública, de la riqueza de la vida espiritual. No debemos tener miedo a plantear abiertamente y resolver los difíciles problemas del desarrollo social, criticar y discutir. Es precisamente en tales condiciones como nace la verdad y se conforman decisiones acertadas.

La democracia socialista debe estar por entero al servicio del socialismo y los intereses de los trabajadores.

Camaradas: el sólido fundamento para avanzar a ritmo acelerado en to-

das las direcciones sólo se puede crear *sobre la base de cambios radicales en la economía*. A la propia *perestroika* sólo alcanzará plena fuerza cuando sacuda profundamente la economía nacional. Esto a su vez reclama transformaciones de fondo del mecanismo económico, de todo el sistema de administración de la economía.

El objetivo de la reforma económica radical iniciada en el país consiste en asegurar en el transcurso de los próximos dos o tres años el paso de un sistema de administración demasiado centralizado y autoritario a un sistema democrático asentado principalmente en los métodos económicos, en una combinación óptima del centralismo y la autogestión.

Dicho sistema presupone una fuerte ampliación de la autonomía de las agrupaciones y empresas, su paso a una gestión basada por entero en el cálculo económico y a la autofinanciación, así como la concesión a las colectividades laborales de todos los derechos imprescindibles para ello.

La reforma económica ya no son planes y propósitos y menos aún, lucubraciones teóricas abstractas, sino que se inserta sólida y profundamente en la vida.

Hoy, un número considerable de agrupaciones y empresas de la industria, la construcción, el transporte y la agricultura funcionan en base a los principios de autorresarcimiento y autofinanciación.

Desde comienzos del año que viene pasarán a funcionar en estas condiciones empresas que fabrican el 60 o/o de la producción industrial. Entrará en vigor la Ley sobre la empresa (agrupación) estatal.

Todo esto ya se deja sentir en la práctica de la gestión económica. En las colectividades crece notablemente el interés por los resultados financiero-económicos del trabajo. Se empieza a contabilizar de verdad los gastos y los resultados, a ahorrar en lo

grande y en lo pequeño y a encontrar las soluciones más efectivas a los problemas.

Hoy debemos decir con firmeza una vez más que el Partido no tolerará ninguna desviación con respecto a los principios de la reforma económica adoptados. Todas las transformaciones que han sido trazadas deben llevarse a cabo y se llevarán a cabo, íntegramente.

La reforma económica y la *perestroika*, en su conjunto, promueven activamente a la persona al primer plano. La justicia social exige que concedamos más atención a la revelación de las aptitudes individuales, que incentive moral y materialmente a quienes trabajan más y mejor dando ejemplo a los demás.

Los talentos genuinos y personalidades brillantes constituyen una riqueza inestimable de la sociedad, y es preciso mostrar desvelo por ellos, creando todas las condiciones necesarias para su labor creativa y su vida.

Queremos que en todas partes se respete la dignidad, los conocimientos, el trabajo y las capacidades de cada cual. Que la persona honrada, laboriosa, creativa, tenga la seguridad de que su trabajo será valorado como es debido, de que siempre podrá demostrar que tiene razón y encontrar apoyo, y de que al holgazán, al aprovechado, al burócrata y al grosero, le pararán los pies y lo desenmascararán.

Los cambios positivos que se están produciendo en nuestro país, cambios acerca de los cuales los medios de comunicación de masas informan ampliamente, son apoyados fervorosamente por los trabajadores.

Hoy es particularmente intolerable la falta de conciencia en el trabajo. El hombre, pertrechado con los conocimientos y técnica modernos, produce cada vez más y su trabajo depende en forma cada vez más íntima de la actividad de miles de otros participantes en la producción social. En tales

condiciones la negligencia de aunque sólo sea un obrero, un ingeniero o un científico, puede traer consigo consecuencias extraordinariamente graves y entraña peligro de enormes pérdidas para la sociedad.

Quisiera subrayar en especial la creciente significación del trabajo intelectual, de la integración de la ciencia, la técnica y la sociedad, de la orientación humanista, ético-moral, de la ciencia y del progreso tecnocientífico.

Propugnamos que todos *los adelantos de la ciencia y la técnica* sean puestos al servicio del hombre y no conduzcan a perturbaciones del entorno ecológico. Sacamos severas enseñanzas de acontecimientos trágicos como el accidente de la central nuclear de Chernóbil. Somos partidarios de que se ponga fin a la utilización de la ciencia con fines militares.

Hoy los ingenieros y científicos, los médicos y maestros, quienes trabajan en los campos de la literatura y el arte tienen el deber de elevar el grado de responsabilidad social y competencia profesional, el rendimiento creativo.

Al restituir en sus derechos el interés material de los trabajadores, reforzando al mismo tiempo la atención prestada a sus formas colectivas no debemos incurrir en una subestimación de los estímulos socio-culturales y psicológico-morales.

Estos incentivos son excepcionalmente importantes para el desarrollo normal de las relaciones de colectivismo y camaradería y del modo de vida socialista, para afirmar nuestros valores, los valores soviéticos, en la conciencia y el comportamiento de la gente.

Camaradas: Decimos con razón que en nuestro país el problema nacional está resuelto. La revolución abrió el camino hacia *la igualdad de derechos de las naciones* no sólo en el terreno jurídico, sino también en el socioeconómico, con una aportación extraordinaria para nivelar el desarrollo

económico, social y cultural de todas las repúblicas y zonas, de todos los pueblos.

La amistad de los pueblos soviéticos es una de las máximas conquistas de la Revolución de Octubre. Constituye de por sí un fenómeno único en la historia mundial. Y por lo que a nosotros se refiere, es uno de los principales pilares en que descansan el poderío y la solidez del Estado soviético.

Al destacar hoy los admirables logros de la política nacional leninista, los pueblos de nuestro país rinden un homenaje de profundo respeto y reconocimiento al gran pueblo ruso por su desinterés, su auténtico internacionalismo, su inestimable aporte a la creación, desarrollo y potenciación de la Unión socialista de repúblicas libres e iguales en derechos, al progreso económico, social y cultural de todos los pueblos del País de los Soviets.

Vamos pues a cuidar, camaradas, nuestro gran patrimonio común, la amistad de los pueblos de la URSS. Por lo tanto, no olvidaremos jamás que vivimos en un Estado multinacional donde cualquier decisión de orden socioeconómico, cultural o jurídico atañe siempre de manera directa e inmediata al problema de las nacionalidades.

Vamos a actuar con espíritu leninista: desarrollando al máximo el potencial de cada nación, de cada pueblo soviético.

Las relaciones nacionales en nuestro país constituyen una cuestión palpitante de la vida en desarrollo. Debemos obrar con extrema atención y sumo tacto en todo lo concerniente a los intereses nacionales o los sentimientos nacionales de las personas, asegurar la participación más activa de los trabajadores de todas las naciones y etnias en el cumplimiento de las tareas que plantea la vida de nuestra sociedad multinacional.

Estas cuestiones nos proponemos analizarlas y discutir las más a fondo en un futuro próximo, teniendo en cuenta los nuevos elementos que aportan a la vida del país la *perestroika*, la democratización, esta nueva etapa de su desarrollo.

Para nosotros, la amistad, la colaboración de los pueblos de la URSS es una causa sagrada. Así ha sido y así será. Esto corresponde al espíritu del leninismo, a las tradiciones del Gran Octubre, a los cardinales intereses de todas las naciones y etnias que pueblan nuestra Patria.

Camaradas: el paso de la sociedad soviética a un estado cualitativamente nuevo, la irrupción en el futuro sólo pueden llevarse a cabo avanzando en todo un amplio frente que abarca también la esfera espiritual del socialismo: la ciencia, la educación, la literatura y el arte, todo el conjunto de los valores sociales y morales del pueblo soviético.

La cultura social no sólo embellece la sociedad, sino que constituye una esfera de apoyo vital de la misma, el potencial intelectual y cultural de la sociedad. Es algo así como el material de aleación que le confiere solidez social y un catalizador de su dinamismo.

Debemos elevar aún más el prestigio de la cultura socialista.

Los científicos e inventores, escritores y periodistas, artistas y maestros, todos los trabajadores de las diversas esferas de la cultura y la educación están llamados a luchar por la *perestroika*.

El Partido confía en que nuestra intelectualidad sustentará una activa posición cívica y social.

El pueblo soviético es hoy un pueblo instruido, cosa en lo que sólo podían soñar los grandes ilustradores del pasado. Pero aquí tampoco es permisible una actitud de complacencia infundada. Nuestros logros no deben velar la inmensa dimensión y responsabi-

lidad de las tareas que nos tocan resolver hoy.

Vemos que el sistema de educación ha dejado de satisfacer los requisitos modernos en muchos aspectos. La calidad de la enseñanza en las escuelas y en los centros docentes superiores, la formación de obreros y especialistas, está lejos de responder plenamente a las exigencias de la vida.

También en esta esfera es preciso dar un importante salto adelante y conseguir cambios radicales. Precisamente así es como enfoca el Partido la reforma de la enseñanza media y profesional y la reestructuración de la escuela superior.

El Comité Central del PCUS ha decidido examinar los problemas apremiantes de la enseñanza en uno de sus Plenos.

Tales son, camaradas, nuestras tareas estratégicas, que debemos cumplir en el curso de la reestructuración revolucionaria de todos los aspectos de la vida de la sociedad socialista.

Han pasado dos años y medio desde el Pleno de abril del Comité Central del PCUS. ¿Qué hemos logrado hacer? ¿En qué cota nos encontramos? Creo que el planteamiento de estas preguntas en la presente sesión solemne es a la vez oportuno e inevitable.

La conclusión general a que ha llegado al respecto el Pleno del Comité Central del PCUS que acaba de terminar sus labores, es la siguiente: vivimos un momento crucial.

En lo fundamental ha culminado la *primera etapa* del trabajo de reestructuración. Sobre la base de un profundo análisis de la situación y las perspectivas de desarrollo del país se ha elaborado la concepción de la *perestroika*. Se ha instaurado en el país un nuevo clima político y psicológico - moral.

El Partido ha logrado acrecentar el interés de la gente por los asuntos sociales, su grado de actividad, elevar el nivel de exigencia, de crítica y auto-

crítica, de transparencia y crear las premisas para cambios reales en la mentalidad y el talento de la gente.

El elemento principal que determina la postura de la inmensa mayoría de los soviéticos en esta etapa es el apoyo a la *perestroika* y la exigencia de que ésta siga avanzando de manera constante.

Los obreros, los koljosianos e intelectuales acogen con comprensión la necesidad de elevar el nivel de disciplina, la eficacia y la calidad del trabajo y se han incorporado de un modo activo e interesado a la labor.

En las fábricas y obras, en los koljoses y sovjoses, en las instituciones de investigación científica está en marcha una tensa búsqueda de nuevas formas de organización del trabajo y la remuneración. La gente se vuelve más exigente tanto para consigo misma como para con los dirigentes y especialistas, combate la mala administración, la incuria y la irresponsabilidad.

Valoramos altamente esta postura cívica de los trabajadores, considerándola como una muestra del indudable apoyo al rumbo trazado por el Partido.

Podemos hablar también con fundamento de ciertos cambios positivos a nivel de la práctica, sobre todo en la esfera socio-económica. Los ritmos cualitativos en la economía, se realizan grandiosos programas científico-técnicos y se moderniza la industria patria de construcciones mecánicas, la agricultura y, en especial, la ganadería se desarrollan a un ritmo más estable.

Todos ustedes saben, camaradas, que este año las condiciones meteorológicas han sido desfavorables en la mayoría de las regiones de nuestro país. No obstante, hemos obtenido una cosecha de cereales de más de 210 millones de toneladas. Esto es el resultado de los ingentes esfuerzos de nuestro pueblo, del Partido que lo impulsó a trabajar de un modo nuevo.

El iniciado saneamiento de la economía ha permitido acometer la pues-

ta en práctica de importantes medidas en la esfera social. Las proporciones de la construcción de vivienda han aumentado notablemente, se ensancha la esfera de los servicios. Crecen los ingresos de los trabajadores. Han sido aumentado los salarios de los maestros y los médicos. Se materializan importantes programas en la esfera de la educación y la asistencia médica a la población.

Pero, con todo, no es más que el comienzo. Ahora podemos hablar de la entrada en una nueva etapa de la *perestroika*, en que toda nuestra política, y todas nuestras decisiones se transforman en hechos concretos y se plasman en la vida.

Esto exige enormes esfuerzos de todo nuestro pueblo: de la clase obrera, el campesinado, los intelectuales y todos nuestros cuadros. La propia vida se encargará ahora de comprobar nuestras ideas, nuestros planes, enfoques y métodos de trabajo.

La creciente tensión del pulso de la vida se percibe hoy en todo. Pero es la tensión de la labor creativa, del trabajo dinámico y la intensa actividad política e intelectual.

¡Una buena tensión, camaradas, una tensión que moviliza!

Quisiera subrayar que desde este punto de vista los próximos dos o tal vez, tres años, van a ser los más complicados, decisivos y en cierto sentido, críticos.

En primer término, porque habrá que cumplir simultáneamente tareas de gran escala en la economía, y en la esfera social, en la reestructuración de la gestión estatal y social y a nivel de la ideología y la cultura.

En la economía, es necesario llevar a cabo profundos cambios estructurales, conseguir una inflexión determinante en la aceleración del progreso científico - técnico, culminar en lo fundamental la reestructuración del mecanismo económico y dar así un paso decisivo en cuanto al encarrila-

miento de la economía nacional por las vías de la intensificación.

Lo complejo del período que nos espera consiste en que las transformaciones afectarán a los intereses de un grande y creciente número de personas, grupos sociales y capas de la población y a todos los cuadros.

Estamos seguros de que el elemento determinante de la situación del país seguirá siendo el amplio apoyo de los trabajadores a la *perestroika*, la profunda comprensión de la necesidad de cambios y la continuación enérgica de la *perestroika* a pesar de ciertas dificultades que surgen en este camino.

Pero sería erróneo pasar por alto una determinada intensificación de la resistencia que oponen las fuerzas conservadoras, las cuales no ven en la *perestroika* más que una amenaza a sus intereses y objetivos egoístas. Y esto se manifiesta no sólo en unos u otros eslabones de la administración, sino también en colectividades laborales.

Tampoco nos parece que quepa dudar de que las fuerzas del conservadurismo aprovecharán sin falta cualesquiera dificultades para tratar de desacreditar la *perestroika* y provocar el descontento de los trabajadores.

Ya hoy nos encontramos con gente que prefiere contabilizar los deslices en vez de arremangarse para combatir los tropezones y buscar nuevas soluciones.

Por supuesto, nadie dice que está en contra de la *perestroika*. No, más bien, se manifiestan como luchadores contra sus costos y defensores de los pilares ideológicos que, según, ellos, podrían ser conmovidos por la creciente actividad de las masas.

¡Pero, camaradas, cuánto tiempo se puede estar intimidándonos con estos costos!

Claro que en cualquier empresa, más aún cuando se trata de algo nuevo, hay costos inevitables. Pero las conse-

cuencias del inmovilismo, del estancamiento y de la indiferencia, son mucho más considerables y onerosos que los costos provisionales que surgen en el proceso de promoción creativa de nuevas formas de vida social.

Hay que aprender a detectar, desenmascarar y neutralizar las maniobras de los adversarios de la *perestroika*, de quienes frenan el avance, ponen trabas y se frotan las manos con motivo de las dificultades y reveses, las maniobras de quienes intentan arrastrarnos hacia el pasado.

Tampoco debemos ceder a las presiones de quienes revelan un celo e impaciencia desmesurados, de quienes no desean tomar en consideración la lógica objetiva de la *perestroika*, se muestran descontentos por los ritmos, a su juicio, demasiado lentos, de las transformaciones, que supuestamente tardan en reportar los frutos necesarios. Debe estar claro que no es posible saltar etapas ni procurar hacerlo todo de un golpe.

La *perestroika* continúa la causa de la revolución. Y hoy es en extremo necesario saber *dominar* a la perfección *el arma de la paciencia revolucionaria*.

Esta paciencia no consiste en permanecer plantados o seguir la corriente, sino en la capacidad para apreciar la situación con criterio realista, para no desistir ante las dificultades, no caer en el pánico, no perder la serenidad a raíz de los éxitos ni de los reveses; en la capacidad para trabajar intensamente y con coherencia de objetivos todos los días, cada hora, para encontrar por doquier y en todos los casos soluciones óptimas y ponerlas en práctica.

De ahí la necesidad de trabajar con seguridad, tenacidad, coherencia para llevar a cabo lo que hemos trazado, para realizar los objetivos y las tareas planteadas.

Nuestro enfoque debe ser el siguiente: revelar y analizar las contradiccio-

nes, entender su naturaleza y sobre esta base articular un sistema de medidas políticas, económicas, sociales, organizativas e ideológicas.

Camaradas: El éxito de la *perestroika* depende, ante todo, de la energía, la coherencia y la fuerza del ejemplo que dan el Partido y cada comunista.

En este momento de transformaciones económicas y sociales, momento de gran responsabilidad histórica, el Partido Comunista, cargando con lo más difícil del trabajo, ha emprendido con audacia y decisión la lucha por la renovación de la sociedad.

Y podemos decir con seguridad que la gran causa de Octubre —la causa de la reestructuración revolucionaria— se encuentra en manos firmes. Los comunistas cumplirán su deber con alto sentido de responsabilidad ante el pueblo y ante el tiempo.

Hoy día se convierte en tarea principal la de mejorar radicalmente la actividad de las organizaciones del Partido, de sus organismos y cuadros. Hay que lograr una inflexión decisiva en la actividad de cada organización del Partido, intensificar la labor de cada comité de partido y de cada comunista.

Allí donde se ha conseguido este objetivo, donde los dirigentes del Partido, los comunistas han despertado la iniciativa de las masas, donde se han adentrado con audacia en la vía de la democratización y la transparencia, de la implantación del cálculo económico y la contrata colectiva, donde han despejado el campo para nuevas formas de organización e incentivación del trabajo, de satisfacción de las necesidades humanas, allí las cosas han avanzado.

Pero vemos que en varias ciudades, distritos y regiones, e incluso en algunas repúblicas, hasta el momento no se ha desplegado de verdad la *perestroika*. Y esto es un resultado directo de la indolencia política y organizativa y de la falta de iniciativa de los Comités del Partido y de sus dirigentes.

A las organizaciones de base del

Partido les corresponde una responsabilidad especial en cuanto al mejoramiento del estado de cosas. Todos los hilos de la *perestroika* confluyen de hecho en ellas.

La marcha de las transformaciones, la capacidad para movilizar e inspirar a la gente y el saber lograr mejoras concretas en el trabajo dependen en primer lugar de la iniciativa de las organizaciones de base del Partido.

En general, camaradas, no podemos llevar a cabo la *perestroika* sin una brusca activación de la vida de todas las organizaciones del Partido.

Por eso hace falta más diligencia, más democracia, más organización y disciplina. Entonces lograremos lanzar a todo vapor la *perestroika* e imprimir nuevos impulsos al socialismo en desarrollo.

III. EL GRAN OCTUBRE Y EL MUNDO CONTEMPORANEO

Camaradas: el mundo no sería tal como lo vemos ahora de no haberse realizado la Gran Revolución en Rusia.

Antes de que se produjera este viraje en la historia mundial, el "derecho" del fuerte y del rico, lo mismo que las guerras de conquista, eran norma usual de las relaciones internacionales. El Poder Soviético, cuyo primer acto legislativo fue el famoso Decreto de la Paz, emprendió la lucha contra este orden de cosas. El País de los Soviets, aportó a la práctica internacional algo que hasta entonces quedaba fuera de los límites de la "alta política": el buen sentido del pueblo y los intereses de las masas trabajadoras.

En los pocos años durante los cuales dirigió la política exterior soviética, Lenin, además de elaborar sus principios básicos, mostró cómo debían aplicarse estos principios en un contexto absolutamente insólito y marcado por bruscos cambios

En efecto, en contra de las esperanzas iniciales, la ruptura del "eslabón más débil" del sistema capitalista no fue "la lucha final", sino el comienzo de un proceso prolongado y complejo.

Uno de los mayores méritos del fundador del Estado Soviético fue el de haber discernido a tiempo la perspectiva real que se abría ante la nueva Rusia a raíz de la culminación victoriosa de la guerra civil.

Tal como lo había pensado, el país logró obtener no sólo una "tregua", sino algo que representaba mucho más: "un nuevo período en el que hemos ganado nuestra existencia internacional fundamental en el sistema de los Estados capitalistas". Y Lenin propuso resueltamente una línea enrumada a hacer el aprendizaje y aprender a "convivir" con ellos por un largo período. En contrapeso al extremismo de izquierda, fundamentó la posibilidad de la coexistencia pacífica de Estados con regímenes sociales distintos.

Después de la guerra civil se necesitó tan sólo un lapso de dieciocho meses a dos años para sacar al Estado de obreros y campesinos de una situación de aislamiento político internacional.

Fueron concertados sendos tratados con países limítrofes y luego con Alemania en Rapallo. Inglaterra y Francia, Italia, Suecia y otros Estados capitalistas reconocieron diplomáticamente a la república Soviética.

Se dieron los primeros pasos en orden al ajuste de relaciones equitativas con Estados del Oriente: China, Turquía, Irán y Afganistán.

Todo esto representaba algo más que las primeras victorias de la política exterior y la diplomacia leninistas. Significaba la promoción de un desarrollo internacional esencialmente nuevo.

Se trazó la orientación cardinal de nuestra política internacional, orientación que con razón denominamos

rumbo leninista a la paz, la cooperación recíprocamente ventajosa entre Estados y la amistad de los pueblos.

Por supuesto, en nuestra política exterior no todo fueron en lo sucesivo éxito y avances. Hubo también errores. No siempre ni en todos los casos — tanto antes como después de la Segunda Guerra Mundial— se logró aprovechar las posibilidades que se ofrecían.

No logramos materializar el inmenso prestigio moral con que la Unión Soviética había salido de la guerra, para consolidar a las fuerzas pacíficas y democráticas y detener a los promotores de la guerra fría. Nuestra reacción a los actos provocadores del imperialismo no siempre fue adecuada.

Sí, algo se podría haber hecho mejor, se podría haber actuado con más eficacia. No obstante, en esta hora solemne podemos declarar: la línea de principios de nuestra política se ha atenido invariablemente a la orientación general que elaboró y trazó Lenin, es decir, se ha mantenido la consonancia con la naturaleza del socialismo, con su orientación principista a la paz.

Y, en grado decisivo, es precisamente gracias a ello por lo que se ha logrado evitar el desencadenamiento de una guerra nuclear e impedir que el imperialismo ganara la guerra fría.

Junto con nuestros aliados infligimos una derrota a la estrategia imperialista de "rechazo al socialismo". El imperialismo tuvo que moderar sus pretensiones al dominio mundial. En la nueva etapa, los resultados de nuestra política de paz constituyen precisamente la base en que hemos podido apoyarnos a la hora de elaborar nuevos enfoques inspirados en el nuevo modo de pensar.

Naturalmente, la concepción leninista de la coexistencia pacífica ha experimentado cambios. Al principio se fundamentaba, en primer término, en la necesidad de crear condiciones externas mínimas para la construcción

de la nueva sociedad en el país de la revolución socialista.

Pero, siendo una prolongación de la política de clase del proletariado triunfante, la coexistencia pacífica se convirtió en lo sucesivo y particularmente en la era nuclear, en una condición para la sobrevivencia de la humanidad.

El Pleno del CC del PCUS celebrado en abril de 1985 señaló un hito en el desarrollo del pensamiento leninista también es esta dirección. El XXVII Congreso brindó la nueva concepción de la política exterior en forma pormenorizada.

Como es sabido, esta concepción arranca de la siguiente idea: el mundo contemporáneo, pese al carácter profundamente contradictorio y a las diferencias radicales entre los Estados que lo componen, es un mundo intervinculado, interdependiente y que constituye cierto todo único.

Así lo determinan la internacionalización de los vínculos económicos mundiales, el carácter omnicompreensivo de la revolución científico-técnica, el papel esencialmente nuevo de los medios de información y comunicación, el estado de los recursos del planeta, el peligro ecológico general y los clamorosos problemas sociales del mundo en desarrollo, que atañen a todos.

Pero lo principal es que ha surgido el problema de la supervivencia del género humano, pues la aparición de las armas nucleares y la amenaza de emplearlas han puesto en peligro la propia existencia del mismo.

De este modo la idea leninista relativa a la prioridad de los intereses del desarrollo social ha adquirido un nuevo sentido y significación.

A partir del Pleno de abril, hemos expuesto con suficiente claridad a todo el mundo cómo concebimos el avance hacia una paz segura y duradera.

Nuestros propósitos y nuestra vo-

luntad están consignados en las resoluciones del máximo foro político del Partido, del XXVII Congreso, en la nueva redacción del Programa del PCUS, en el programa de desarme nuclear formulado en la declaración del 15 de enero de 1986, en la declaración de Delhi y en otros documentos y declaraciones oficiales de dirigentes de la Unión Soviética.

Conjuntamente con los países de la comunidad socialista, hemos presentado en la Organización de las Naciones Unidas varias importantes iniciativas, entre ellas, el proyecto de creación de un sistema integral de paz y seguridad internacionales.

Los Estados del Tratado de Varsovia nos hemos dirigido a la OTAN y a todos los países europeos proponiéndoles reducir las fuerzas armadas y los armamentos hasta un nivel de suficiencia razonable.

Hemos invitado a cotejar las doctrinas militares de las dos alianzas con el fin de imprimirles una orientación exclusivamente defensiva.

Hemos promovido un plan concreto de prohibición y eliminación de las armas químicas y propugnamos activamente la consecución de este objetivo.

Hemos manifestado iniciativa en cuanto a la organización de métodos eficaces de control sobre la reducción de armamentos, incluyendo la inspección in situ.

Nos hemos pronunciado resueltamente porque se refuerce el prestigio de la ONU y se utilicen exhaustivamente y de manera eficaz los derechos delegados en la misma y en sus organismos por la comunidad internacional.

Hacemos todo lo que depende de nosotros para que la ONU, ese mecanismo universal, pueda debatir con plenos poderes y asegurar la búsqueda colectiva del equilibrio de intereses de todos los Estados, cumpliendo eficazmente sus funciones pacificadoras.

Lo principal consiste en que nues-

tra concepción y nuestra firme orientación a la paz se han visto reflejadas en los hechos, en toda nuestra conducta en la palestra internacional, en el propio estilo de nuestra política exterior y labor diplomática informada por la aspiración a un diálogo franco y honrado que tenga en cuenta las inquietudes recíprocas y las conclusiones de la ciencia mundial, sin que nadie intente salir ganando o engañar a los demás.

De modo que al término de poco más de dos años podemos decir con certeza: la nueva mentalidad política no es una mera declaración y llamamiento, sino una filosofía de acción, o, por decirlo así, una filosofía de la vida. Sigue desarrollándose a la par con el curso de los procesos objetivos en el mundo. Ya está trabajando.

Entre los acontecimientos de esta nueva etapa iniciada en el desarrollo internacional que merecen ser mencionados en este día y pasarán a la historia, figura el encuentro de Reykjavik, de octubre de 1986.

Este encuentro comunicó energía práctica al nuevo modo de pensar, le permitió implantarse en los más diversos sectores sociales y políticos e hizo más eficientes los contactos políticos internacionales.

La nueva mentalidad, con sus criterios universales y su orientación al buen sentido y la franqueza, ha empezado a abrirse paso en los asuntos mundiales, destruyendo los estereotipos del antisovietismo y los recelos hacia nuestras iniciativas y acciones.

Naturalmente, si tomamos como punto de comparación las dimensiones de las tareas que tiene que resolver la humanidad para garantizar la supervivencia, lo que se ha hecho es todavía muy poco. Pero se ha sentado el comienzo y los primeros indicios de cambios están a la vista.

Uno de los datos que confirman de manera convincente lo anterior es el

entendimiento a que hemos llegado con los Estados Unidos para concluir en un futuro próximo un acuerdo sobre los misiles de alcance medio y táctico operacionales.

La firma de este acuerdo tiene de por sí gran significación: será la primera vez que se suprima toda una clase de armas nucleares, se dará el primer paso real hacia la eliminación de los arsenales nucleares, se demostrará en la práctica que se puede avanzar en esta dirección sin causar perjuicio a nadie.

Indudablemente, se trata de un importante éxito del nuevo modo de pensar, son los frutos de nuestra disposición a buscar soluciones mutuamente aceptables preservando estrictamente el principio de la seguridad igual.

o Pero la cuestión relativa a este acuerdo, en lo fundamental, ya había sido resuelta en Reykjavik, en nuestro segundo encuentro con el Presidente.

El mundo espera que la tercera y cuarta entrevistas de los máximos representantes de la URSS y Estados Unidos, en un momento de tanta responsabilidad, sea más que el mero acto de consignar formalmente los puntos en torno a los que se concertó hace un año, más que una simple continuación de la discusión. También nos apremian el tiempo, el creciente peligro de que se perfeccionen las armas que podrían escapar del control.

Por eso buscaremos tesoneramente en dichas entrevistas el logro de un avance sensible, de resultados concretos en el problema clave de la eliminación del peligro nuclear; el que concierne a reducir los medios estratégicos de ofensiva e impedir la instalación de armas en el espacio cósmico.

Ahora bien, ¿qué motivos tenemos para sentirnos optimistas, para considerar realmente factible la seguridad omnimoda?. Este es un punto que vale la pena tratar con detenimiento.

Nuestra revolución, cuyo 70 aniversario

sario estamos celebrando, no hubiera triunfado de no haber sido preparada a nivel de la teoría, y ahora también en este nuevo viraje de la historia mundial, analizamos teóricamente las perspectivas de avance hacia una paz estable.

Aplicando el nuevo modo de pensar hemos fundamentado en lo esencial *la necesidad imperiosa* de un sistema integral de seguridad internacional en condiciones de desarme.

Ahora hace falta demostrar que es *necesario y factible* avanzar hacia este objetivo y alcanzarlo. Revelar las regularidades de interacción de las fuerzas que, en un contexto de lucha, contradicciones y enfrentamientos de intereses, pueden dar el resultado perseguido.

Y en relación con ello debemos ante todo — partiendo en este caso también de las posiciones de nuestra doctrina marxista leninista y valiéndonos de su metodología, hacernos unas preguntas espinosas.

La primera se refiere a la naturaleza del imperialismo, en la cual, como es sabido, radica la principal amenaza de guerra.

La naturaleza de un régimen social, claro es, no puede ser cambiada por influencia de condiciones externas. Ahora bien, ¿existen en la presente fase del desarrollo mundial, en este nuevo nivel de interdependencia e integridad del mundo la posibilidad de ejercer sobre dicha naturaleza un influjo que bloquee sus manifestaciones más peligrosas?

En otras palabras, ¿cabe esperar que las leyes objetivas de un mundo íntegro en el cual los valores universales constituyen la principal prioridad, puedan restringir la gama de efectos destructivos de las regularidades egocéntricas y estrechamente clasistas del sistema capitalista?

La segunda cuestión guarda relación con la primera: ¿está el capitalismo en condiciones de liberarse del militaris-

mo, puede funcionar y desarrollarse en el plano económico sin éste? Y no será utópica nuestra oferta a los países de Occidente de preparar y cotejar programas para la reconversión de la economía, esto es, para encarrilarla a la satisfacción de las necesidades civiles.

Tercera cuestión. ¿Puede el sistema capitalista pasar sin el neocolonialismo, que es en la actualidad una de las fuentes de mantenimiento de sus funciones vitales?

Dicho de otro modo, ¿está ese sistema en condiciones de funcionar sin el intercambio no equivalente con el Tercer Mundo, intercambio preñado de consecuencias imprevisibles?

Al lado de estas cuestiones se plantea otro más. ¿En qué grado es realista la esperanza de que la comprensión del peligro catastrófico para el mundo — y sabemos que esta comprensión penetra incluso en los grados superiores de la élite gobernante del mundo occidental — se convertirá en política práctica?

Pues, por más fuertes que sean los argumentos de la razón, más desarrollado el sentido de la responsabilidad y mayor el instinto de conservación, hay cosas que no pueden de ninguna manera menospreciarse y que están determinadas por el interés económico y, congruentemente, el de clase.

En otros términos, se trata de si el capitalismo podrá adaptarse a las condiciones de un mundo desnuclearizado y sin armas, a las condiciones de un orden económico nuevo, justo, de una confrontación honesta de los valores espirituales de dos mundos. Estas cuestiones están lejos de ser hueras. De la respuesta que se les dé depende el desarrollo de los sucesos históricos en los próximos decenios.

Pero el planteamiento de estas cuestiones basta ya para ver cuán seria es la tarea. Las respuestas serán formuladas por la vida. En cuanto al acuerdo del propio programa de un mundo desnuclearizado y seguro, no lo compro-

bará únicamente el carácter irreprochable de su fundamentación científica. Será comprobado por el curso de sus sucesos, expuesto a la acción de las fuerzas más diversas y nuevas.

Y se está comprobando ya. También aquí somos fieles a la tradición leninista, a la esencia misma del leninismo. Es decir, a la aleación orgánica de la teoría y la práctica al modo de enfocar la teoría como instrumento de la praxis y ésta última, como mecanismo de control del acierto de la teoría.

Así actuamos precisamente, transfiriendo el nuevo modo de pensar a la actividad política exterior, corrigiéndolo, puntualizándolo e impregnándolo de una experiencia obtenida de la política real.

Ahora bien: ¿En qué confiamos, sabiendo que el mundo seguro deberá construirse junto con los países capitalistas?

El período de postguerra ha dado pruebas de una profunda modificación de las contradicciones que venían de terminando los principales procesos de la economía y política mundiales. Me refiero, ante todo, al desarrollo de aquéllos que en el pasado daban lugar inexorablemente a la guerra, a las guerras mundiales entre los propios Estados capitalistas.

Hoy la situación es distinta. Tanto las enseñanzas de la pasada guerra como el miedo de verse debilitado ante el socialismo, convertido en sistema mundial, no permiten al capitalismo llevar a ultranza sus contradicciones "internas".

Estas empezaron a transformarse en una carrera tecnológica recíproca, "descargándose" con la ayuda del neocolonialismo. Tuvo lugar algo así como un nuevo reparto "pacífico" del mundo de acuerdo con la regla revelada por Lenin, "según el capital"; es decir, quien es más rico y fuerte por el momento, saca la mayor tajada.

En varios países se procedió a la

"eliminación" de la tensión en la economía por medio del trasvase de recursos al complejo militar industrial con el pretexto de la "amenaza soviética". Facilitaron también el arreglo de las contradicciones y el balanceo de los intereses las transformaciones operadas en la base tecnológica y orgánica de la economía capitalista.

Pero no se trata solamente de ello. Si en el pasado fue posible, frente a la amenaza fascista la alianza del Estado socialista y países capitalistas ¿acaso no se infiere de ello una enseñanza determinada para el presente, cuando el mundo entero está amenazado por una hecatombe nuclear y tiene que garantizar la seguridad de la energética nuclear, superar el peligro ecológico?

Todos estos son problemas por completo reales y agudos, y se exige no sólo tomar conciencia, sino también buscar soluciones prácticas.

Prosigamos. ¿Puede la economía capitalista desarrollarse sin la militarización? Aquí viene a la memoria el "milagro económico" ocurrido en el Japón, Alemania Occidental e Italia. Por cierto que, al finalizar el "milagro" ellos volvieron al militarismo.

Pero hay que analizar en *qué grado* estuvo determinado *ese viraje* por las leyes esenciales del funcionamiento del capital monopolista contemporáneo y *qué papel desempeñaron los factores accesorios:* el "contagioso ejemplo" del complejo industrial — militar de los Estados Unidos, el ambiente de guerra fría, las consideraciones de prestigio, la necesidad de tener su propio "puño militar" para hablar con los rivales en un lenguaje comprensible en aquel medio, así como el deseo de apoyar su intrusión económica en el Tercer Mundo con una política de fuerza.

Sea como fuera, en varios países tuvo lugar un período de rápido desarrollo de la economía capitalista moderna con los gastos militares mínimos. Y su experiencia ha quedado en el equipaje de la historia.

También se puede abordar el problema de otro lado: a la inversa en cierto modo.

La economía de los Estados Unidos se ha orientado invariablemente, desde los tiempos de la guerra, al militarismo y se ha apoyado en el mismo. Al principio, esta circunstancia diríase que la estimulaba. Pero después, ese despilfarro de recursos inútil e innecesario para la sociedad se tornó en una deuda pública astronómica y acarreó otras calamidades y vicios.

Ha venido a demostrarse que la supermilitarización origina, en última instancia, el agravamiento creciente de la situación en ese mismo país y pone en el estado de fiebre la economía de otros.

El reciente pánico que no tuvo precedentes durante casi 60 años, en la Bolsa de Nueva York y otras bolsas del mundo, es un síntoma grave, una seria advertencia.

El tercer factor lo constituyen las relaciones no equivalentes, explotadoras, con los países en vías de desarrollo. Pese a todas las novedades fantásticas en la creación de una "segunda naturaleza (artificial)", el capitalismo desarrollado no ha podido ni podrá pasarse sin los recursos de dichos países. Es una realidad objetiva.

40 Cifrar las esperanzas en la destrucción de los vínculos históricamente formados de la economía mundial es peligroso e inútil.

Pero también el aprovechamiento de recursos ajenos valiéndose de los métodos neocolonialistas, la arbitrariedad de las corporaciones transnacionales y el endeudamiento leonino, las deudas calculadas en billones, impagables a todas luces, llevan a un atolladero.

De ahí que surjan serios problemas asimismo dentro de los propios países capitalistas. Las especulaciones bastan y sobran en esta esfera. Y su esencia se reduce al deseo de convertir el Tercer Mundo en una especie de chivo ex-

piatorio, achacándole muchas dificultades, comprendido el descenso del nivel de vida en las metrópolis capitalistas.

Menudean las tentativas de "cohesionar a la nación" sobre una base chovinista, de envolver a los trabajadores en una "asociación" destinada a explotar otros países y al mismo tiempo incitarlos a transigir con la política de nueva modernización capitalista.

Pero ningún artificio de este tipo u otro elimina el propio problema; no hace más que atenuarlos a veces temporalmente. El cambio no equivalente queda en pie y conduce, en fin de cuentas, a una explosión. Parece que los líderes de Occidente empiezan a comprender la posibilidad de tal desenlace. Y por ahora buscan una solución en paliativos fiveros.

En efecto, la novedad de los procesos económicos y políticos de nuestro tiempo no ha sido todavía comprendida ni aprovechada hasta el fin.

Pero habrá que avanzar en esta dirección, ya que los procesos desplegados poseen la fuerza de ley objetiva. O el fracaso o bien la búsqueda común de un nuevo orden económico, en el que se tengan en cuenta los intereses de unos, de otros y de terceros, sobre una base paritaria.

Ahora se divisa, al parecer, el camino que conduce al establecimiento de dicho orden: consiste en realizar la concepción de "*desarme para el desarrollo*".

De modo que al buscar la respuesta a nuestra tercera pregunta vemos que la situación no se presenta como insoluble. También en esta esfera, las contradicciones se dejan modificar. Mas para ello hay que comprender las realidades y estructurar las acciones prácticas en el espíritu de la nueva mentalidad.

Esto, a su vez, facilitará el avance hacia un mundo más seguro. En pocas palabras, aquí se plantea asimismo una opción histórica, dictada por las regu-

laridades lógicas de un mundo interconexo, en muchos aspectos, e íntegro.

Existe además, otra circunstancia importantísima e incluso decisiva. Forma parte integrante de este mundo el socialismo, que, habiendo iniciado su historia hace 70 años, y convirtiéndose después en sistema mundial, determinó la faz del siglo XX. Ahora pasa a una nueva etapa de su desarrollo, exhibiendo de nuevo sus posibilidades latentes.

Puede imaginarse, por ejemplo, cuan grande es la reserva que encierra para la coexistencia pacífica la *perestroika* sólo en la Unión Soviética.

Asegurándonos el paso al nivel mundial en todos los indicadores económicos más importantes, permitirá al inmenso y riquísimo país incorporarse a la división mundial del trabajo y de los recursos de una manera nunca vista.

Su gran potencial científico, técnico y de producción llegará a ser una parte mucho más significativa de los vínculos de la economía mundial.

Y esto ampliará y reforzará de modo decisivo la base material del sistema integral de paz y seguridad internacional. Este es, dicho sea de paso, otro aspecto importante de la *perestroika*, el lugar que le está asignado en los destinos de la civilización moderna.

Influirán en los procesos objetivos a favor de la paz la lucha de clases y otras manifestaciones de las contradicciones sociales. Las fuerzas de vanguardia del movimiento obrero buscan las vías para elevar su nivel político.

Tienen que actuar en una situación nada sencilla, situación nueva y cambiante. Se plantean de un modo distinto no sólo las cuestiones relacionadas con la preservación de los derechos e intereses económicos de las masas, sino también con la lucha por la democracia, comprendida la democracia de la producción.

Por ejemplo, a los obreros se les

ofrece no rara vez una "coparticipación", pero de un tipo tal que cierra terminantemente el acceso al "sanc-tasanctórum" del bussines y no permite ni hablar de una elección libre del personal dirigente.

El mundo occidental abunda en "teorías" según las cuales la clase obrera va desapareciendo: dicese que ella se ha disuelto ya por entero en la "capa media", ha degradado socialmente, y así por el estilo. En efecto, la clase obrera experimenta grandes y esenciales cambios. Pero en vano el adversario de clase se hace ilusiones y trata de desorientar, despistar al movimiento obrero.

La clase obrera, que representa ahora, en sus nuevos límites sociales, una fuerza predominante numéricamente, posee un potencial suficiente para desempeñar un papel decisivo, sobre todo, en los virajes pronunciados de la historia.

Los móviles para la acción pueden ser diferentes. Uno de los probables es la militarización alocada de la economía. El paso a una nueva fase de la revolución tecnológica sobre la base militarista es un catalizador fuerte, tanto más por cuanto significa el camino de la guerra, es decir, afecta a todas las capas de la población, extiende la protesta de masas haciéndola rebasar los límites de las reivindicaciones económicas.

De suerte que también aquí la clase gobernante, los capitanes del capital monopolista tendrán que hacer una opción. Tenemos la certidumbre, y la ciencia lo confirma, de que — dado el nivel actual de la tecnología y de la organización de la producción — la reconversión, la desmilitarización de la economía, son posibles. Será al propio tiempo la opción a favor de la paz.

Lo mismo ocurre con las consecuencias de la crisis en las relaciones entre el mundo desarrollado y el que está en vías de desarrollo. Si se llega

al borde de una explosión y resulta imposible seguir disfrutando los bienes mediante la explotación del Tercer Mundo, la cuestión de lo inaceptable e intolerable del sistema incapaz de subsistir sin ello podrá plantearse en el plano político y de manera aguda.

En general el capitalismo afronta, también desde este punto de vista, una alternativa rígida: poner las cosas de tal modo que se produzca una explosión o respetar las leyes del mundo interconexo e íntegro que exige balancear los intereses sobre una base paritaria.

A juzgar por la situación, tal como la vemos, esto es no sólo necesario, sino también posible. Tanto más por cuanto actúan en la misma dirección fuerzas en el Tercer Mundo.

Se acostumbra hablar de decadencia del movimiento nacional liberador. Pero en este caso, al parecer, se suplantán conceptos, se desatiende la novedad de la situación.

Si se supone el impulso liberador, que actuó en la etapa de lucha por la independencia política, está claro que se va debilitando. Y esto es natural.

Pero el impulso necesario para la etapa nueva, actual de desarrollo del Tercer Mundo sólo está en vías de formación. Es preciso darse perfecta cuenta de ello y no caer en el pesimismo. Los factores integrantes de dicho impulso varían y no son ordinarios.

Figura aquí un poderoso proceso económico, que reviste a veces, formas paradójicas. Por ejemplo, algunos países sin perder los rasgos de débil desarrollo, ascienden al nivel de grandes potencias en la economía y la política mundiales.

También figura el acrecentamiento de la energía política al formarse las naciones y consolidarse en el sentido auténtico los Estados nacionales, entre los que ocupan un lugar sustan-

cial los países con regímenes revolucionarios.

Existen además los racimos de la ira originados por la polarización clamante de la pobreza y la riqueza, por el contraste entre las posibilidades y la situación real.

En las organizaciones que reflejan los procesos de consolidación interestatal de los países en vías de desarrollo tiene una expresión cada vez más clara y actúa con creciente energía la fuerza de la personalidad nacional e iniciativa propia.

Esto es más o menos típico para todas las organizaciones, que no son pocas: Organización de la Unidad Africana, Liga Árabe, ASEAN, Organización de los Estados Americanos, Sistema Económico Latinoamericano, Foro del Pacífico Sur, Asociación de Cooperación Regional del Sur de Asia, Organización de la Conferencia Islámica y, sobre todo, el Movimiento de No Alineación.

Estas organizaciones reflejan un calidoscopio de intereses contradictorios, necesidades, demandas, ideologías, tensiones y prejuicios precisamente de la etapa dada. Todas ellas, si bien han pasado ya a ser un factor notable de la política mundial, no han revelado aún sus posibilidades. Pero se tiene aquí un potencial colosal, y es difícil predecir los resultados incluso para el medio siglo próximo.

Una cosa está bien clara. Se trata de un mundo entero que busca formas orgánicas para participar de manera eficaz y con derechos iguales en la solución de los problemas de la humanidad. Engloba a dos mil millones y medio de personas.

Y cabe conjeturar que se acrecentará a pasos gigantescos no sólo su influencia sobre la política mundial, sino también su papel original en la formación de la economía mundial futura.

Por poderoso que sea el capital transnacional no será él el que determine

las vías del avance del Tercer Mundo; antes al contrario, se verá constreñido a adaptarse a la elección independiente que hayan hecho o hagan los propios pueblos.

Y éstos, así como las organizaciones que los representan, están vitalmente interesados en un nuevo orden económico mundial.

Hay también otro factor de no poca importancia. En el marco del mundo propiamente capitalista, el desarrollo de los últimos decenios ha llamado a la vida nuevas formas de contradicciones y movimientos sociales.

Me refiero a los movimientos contra la amenaza nuclear, en defensa del medio natural, contra la discriminación racial y la política de división de la sociedad en afortunados y condenados, contra las calamidades que afectan a zonas industriales enteras, víctimas de la nueva modernización capitalista.

Estos movimientos cuentan con millones de participantes, los inspiran y los protagonizan destacados científicos y personalidades de la cultura, que gozan del prestigio a escala nacional e internacional.

Así, pues, en todos los parámetros — económicos, políticos y sociales — podemos ver cómo se está justificando generalmente en el mundo contemporáneo la tesis considerada por Lenin como una de las más profundas del marxismo, a saber: paralelamente a la consistencia de la acción histórica irá aumentando también el volumen de la masa que la realiza.

Y esto es siempre el indicio más certero y el factor más poderoso del progreso social y, por tanto, de la paz.

En efecto, la grandeza y novedad de nuestro tiempo residen en que los pueblos están presentes cada vez más manifiesta y abiertamente en el proscenio de la historia. Sus posiciones actuales les permiten obligar a respetarlos no en última instancia, sino de modo inmediato.

Con ello se dilucida también una máxima nueva: para la dinámica de la historia en la divisoria de los siglos XX y XXI se hace más típica la opción constante. Y el acierto de éste depende de cómo y en qué grado se tienen en cuenta los intereses y anhelos de millones y centenares de millones de personas.

De ahí también la responsabilidad de los políticos. Porque la política puede ser real sólo si atiende a esta novedad de la época: el factor hombre pasa ahora al nivel político no como un resultado remoto y más o menos espontáneo de la vida y actividad de las masas humanas y sus intenciones. Krumpe en los asuntos mundiales de manera directa.

Si esto no se comprende, o, dicho de otro modo, fuera de la nueva mentalidad apoyada en las realidades actuales y en la voluntad de los pueblos, la política se convierte en una improvisación imprevisible, que expone al riesgo tanto al país propio como otros. Semejante política carece de todo sostén durable.

Tales son las razones para que miremos con optimismo al futuro, a las perspectivas de creación de un sistema integral de seguridad internacional.

Con ello guarda relación, muy lógicamente, nuestra posición con respecto a los problemas de la defensa. Mientras subsista el peligro de guerra, mientras la revancha social continúe siendo el eje de la estrategia y los programas militaristas de Occidente, seguiremos haciendo todo lo necesario para mantener el poderío defensivo a un nivel que excluya la superioridad militar del imperialismo sobre el socialismo.

Camaradas: En estos días solemnes señalamos en su justo valor los méritos del *Movimiento Comunista Internacional*.

En la Revolución de Octubre, que conserva hasta ahora su impulso internacional, estriba la fuente de la resis-

tencia vital de este movimiento.

El Movimiento Comunista Internacional crece y se desarrolla en el terreno de sus respectivos países, pero el perfil de un comunista tiene algo de común a todos ellos, sea cual fuere la nación a que pertenezca y el país en que trabaje.

Es la fidelidad a la idea de una sociedad mejor, la comunista, a los trabajadores, a la clase obrera en primer lugar, a la lucha por sus intereses vitales, por la paz y la democracia.

Creo que en este aniversario nuestro merece ser mencionada también la Tercera Internacional, la Comunista. Aún habrá que restablecer toda la verdad en relación con ella, escribir su historia auténtica y completa.

Por muchos que fueran los defectos y fallas de su actividad y a pesar de la amargura que se siente al recordarse algunas páginas de su historia, la Internacional Comunista forma parte del magno pasado de nuestro movimiento.

Nacido de Octubre, ese movimiento ha pasado a ser una escuela de internacionalismo, un arma práctica de lucha por los intereses de los trabajadores, por el progreso social de las naciones y etnias.

Se han formado en sus filas cohortes de caballeros auténticos del siglo XX, hombres honestos y fieles a su deber, animados por altos ideales y que daban pruebas de valentía indoblegable; hacían suyo el dolor de millones de oprimidos en todo el planeta, prestaron oídos a su llamada y los llamaron a luchar.

Los comunistas fueron los primeros en tocar alarma con motivo del peligro fascista, en alzarse a la lucha contra el fascismo, y fueron las primeras víctimas del mismo. Primeros también en acudir desde todos los confines del mundo a España para entrar en la lucha armada contra el fascismo en ese país.

Fueron los primeros en levantar la bandera de la resistencia en nombre de

la libertad y la dignidad nacional de sus pueblos. Y los comunistas precisamente —ante todo los soviéticos—, hicieron un aporte decisivo a la derrota contundente del fascismo en la Segunda Guerra Mundial.

Después y también ahora, los comunistas actúan con el mismo espíritu de intransigencia y denuedo en las primeras filas contra toda reacción y todo oscurantismo.

Son gentes caracterizadas por un heroísmo y una abnegación legendarios. Y no se cuentan por unidades, sino por centenares de miles, organizados y aglutinados por una voluntad única, la férrea disciplina y la firmeza ideológica incorruptible.

Los tiempos de la Internacional Comunista y del *Byro* de Información, e incluso los de las Conferencias Internacionales con resoluciones obligatorias, son ya cosa del pasado, pero el Movimiento Comunista Internacional subsiste.

Todos los Partidos son independientes, completa e irreversiblemente. Lo dijimos ya en el XX Congreso. Ciertamente es que no nos hemos desembarazado de las viejas costumbres en un instante. Pero ahora esto es una realidad incontrovertible.

En este sentido, el XXVII Congreso del PCUS marcó, asimismo, un adelanto definitivo e irrevocable. Creo que lo hemos probado de hecho en nuestras relaciones con los partidos hermanos durante la *perestroika*.

Ante el Movimiento Comunista Internacional se abren horizontes nuevos, lo mismo que ante el progreso mundial y sus fuerzas motrices.

Los partidos comunistas buscan su nuevo lugar en los profundos cambios que se operan en la divisoria de los siglos. Y su movimiento internacional se renueva, cohesionándose a base del respeto a las normas, renovadas también, de confianza, igualdad de derechos y sincera solidaridad.

Está abierto para el diálogo, la cola-

boración, la interacción y la alianza con cualesquiera otras fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas.

El PCUS no tiene dudas en cuanto al futuro del movimiento comunista, portador de la alternativa al capitalismo, movimiento de los luchadores más intrépidos y consecuentes por la paz, la independencia, el progreso de sus países, por la amistad entre todos los pueblos de la tierra.

Camaradas: Constituye el jalón más importante en la historia universal posterior a Octubre el surgimiento del *sistema socialista mundial*. Hace ya cuatro decenios que el socialismo es la suerte común de muchos pueblos, importantísimo factor de la civilización moderna.

Nuestro Partido y el pueblo soviético valoran altamente la posibilidad de actuar en contacto con los amigos que cargan desde hace varios decenios, lo mismo que nosotros, también con la responsabilidad estatal por el socialismo, por su avance.

Todos los Estados socialistas han acumulado mucha experiencia interesante y útil en la solución de los problemas sociales, económicos e ideológicos, en la edificación de la nueva vida.

El sistema socialista y las búsquedas y experiencias comprobadas por él en la práctica son de importancia para toda la humanidad.

Ha presentado al mundo respuestas a los problemas fundamentales de la existencia humana, ha convalidado sus valores humanos y colectivistas, en cuyo centro se encuentra el trabajador.

El régimen socialista inculca al trabajador el sentido de la dignidad, de ser el dueño del país, le protege en el plano social y le infunde la seguridad del futuro. Ofrece vasto espacio para dominar los conocimientos y la cultura, crea las condiciones propicias para que se realicen las facultades y cotas individuales.

Los logros obtenidos por los pueblos de los países socialistas son objeto de nuestro orgullo común. Tanto más por cuanto se deben a muchos años de colaboración fructífera, son frutos de los contactos verdaderamente fraternales sin par por su amplitud y franqueza entre sus ciudadanos, organizaciones del Partido y sociales, colectividades de producción, uniones creacionales e instituciones culturales; de los vínculos familiares y personales, del trabajo y los estudios conjuntos de decenas de miles de personas.

Desde la altura de lo recorrido, mucho se ve más claro. La vida ha introducido correcciones en nuestras ideas sobre las regularidades lógicas y la rapidez del tránsito al socialismo, en la comprensión de su papel en la comunidad mundial.

Estamos lejos de considerar que todos los cambios progresistas que se operan en el mundo obedecen exclusivamente al socialismo.

Pero la manera de que se han planteado los problemas más importantes de la humanidad y avanza la búsqueda de soluciones confirma la ligazón indisoluble del progreso mundial con el socialismo como fuerza internacional.

Esta ligazón aparece con singular relieve en la lucha por conjurar la catástrofe nuclear y en que la correlación existente de las fuerzas mundiales permite a diferentes pueblos defender con mayor éxito su opción sociopolítica.

La experiencia acumulada permite estructurar mejor las relaciones entre los países socialistas sobre principios generalmente reconocidos.

Es una igualdad incondicional y completa.

Es la responsabilidad del partido gobernante por lo que ocurre en su Estado, el servicio patriótico a su pueblo.

Es la preocupación por la causa común del socialismo.

Es el respeto mutuo, una actitud seria para con lo alcanzado y experi-

mentado por los amigos, una colaboración voluntaria y multifacética.

Es la observación estricta por todos de los principios de la coexistencia pacífica. En ello se apoya, precisamente, la praxis del internacionalismo socialista.

El mundo socialista se presenta hoy ante nosotros en toda su multiformidad nacional y social. Esto es bueno y útil. Nos hemos convencido de que la unidad no significa en modo alguno la identidad, uniformidad. Nos hemos convencido también de que el socialismo no tiene, ni puede tener "modelo" alguno como dechado para todos.

Son criterios de su desarrollo en cada etapa y en cada país el conjunto y la calidad de los éxitos reales obtenidos en la reestructuración de la sociedad en interés de los trabajadores.

También nos damos cuenta del daño que puede inferir el debilitamiento del principio internacionalista en las relaciones mutuas entre Estados socialistas, las desviaciones con respecto al principio de la ventaja y ayuda mutuas, la falta de atención a los intereses comunes del socialismo en las actividades en la palestra mundial.

Hacemos constar con satisfacción que en estos últimos tiempos han adquirido dinamismo y se perfeccionan nuestras relaciones con todos los Estados socialistas. Y, por supuesto, se han hecho más fructíferas y diligentes la colaboración en el marco del Tratado de Varsovia y el CAME, lo cual, sin embargo, no separa de ninguna manera en principio, a sus participantes de los demás países socialistas.

El XXVII Congreso definió exactamente la posición del PCUS: lo decisivo en la política y en todas las otras esferas de nuestra interacción con cada país socialista es lo que asegura la combinación del interés mutuo con los intereses del socialismo en su conjunto.

¡El robustecimiento de la amistad y el fomento por todos los medios de

la colaboración con los países socialistas es la prioridad principal en la política internacional de la Unión Soviética!

Queridos camaradas,

Estimados delegados extranjeros:

Todos nuestros anhelos y realizaciones se han inspirado y siguen inspirándose en la fuerza vivificante de las ideas comunistas. Estas ideas, trazadas en la bandera de la revolución, alzaron para la lucha y las proezas laborales a millones de personas que confiaron sagradamente en ellas y las asimilaron como objetivo y sentido de su vida.

El trabajo y la lucha del pueblo, su infinita tenacidad en la consecución del objetivo libremente elegido, sus alegrías y sufrimientos, todo eso se ha encarnado en la realidad del socialismo de hoy, que avanza por el camino de la *perestroika* revolucionaria. Ahí reside la fuerza de Octubre, la fuerza de la revolución que continúa.

A lo largo de los setenta años va al frente del pueblo soviético su vanguardia probada, el Partido Leninista.

¡El Partido y la revolución, el Partido y Octubre son inseparables!

Sin un partido pretrechado de la teoría marxista leninista, la revolución socialista no habría vencido. Sin un partido que ha aprendido a edificar la nueva sociedad no habría socialismo, no existiría nuestra gran potencia.

Tampoco existiría la base en que se renuevan actualmente todos los aspectos de la vida social, se acelera el desarrollo socioeconómico del país.

El tiempo exige que, también en las nuevas condiciones, el Partido vaya al frente de la renovación revolucionaria, eleve con insistencia y de manera consecuente la eficacia de su política, despliegue la democratización en todos los aspectos y a todo nivel de la vida social.

La elevación del papel del Partido es un proceso lógico. Pero las palabras o los ritos formales son los menos apropiados para determinar ese papel.

Radica en el carácter profundo y honesto del análisis y las apreciaciones, en una política bien meditada y acciones resueltas, en la capacidad de conmensurar lo particular y lo general, individual y social, actual y duradero.

Radica en el aumento de la responsabilidad de todas las organizaciones partidistas y de cada comunista por la marcha de los asuntos de la sociedad.

En las filas de nuestro Partido militan casi veinte millones de comunistas, una décima parte de la población adulta del país. Es una fuerza inmensa. Pero el potencial de la influencia del Partido, de su impacto sobre la *perestroika* aún no ha sido puesto en acción por entero.

Los preparativos y la celebración de la XIX Conferencia del Partido de la URSS deben proporcionar serio impulso para mejorar esa labor metódica y compleja.

Hoy tenemos en nuestras manos la suerte de la magna causa de la revolución, de la magna obra leninista. Avanzamos de nuevo por una ruta no explorada y esto impone una responsabilidad particular al Partido, a todos nosotros.

Repetiendo palabras leninistas, "La época de la revolución es la época de la acción, de la acción tanto desde arriba como desde abajo" (t. 11, pág. 85).

Tal es la tradición del Partido de nuevo tipo desde sus primeros pasos. Tal es la exigencia que se presenta a la vanguardia de la sociedad soviética en la presente etapa, complicadísima pero inspiradora, por su novedad, del desarrollo del socialismo.

Camaradas: El género humano traspasó el umbral de su historia auténtica en 1917. Pero los setenta años transcurridos, los trastornos económicos y cataclismos sociales que engendraron el fascismo y la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría y la carrera armamentista, la amenaza de hecatombe termonuclear y de crisis globales, patentizan que el pasado

aún continúa aferrándose tenazmente a una parte considerable de la humanidad.

Sin embargo, tenemos derecho a considerar que el tiempo en el que vivimos, la divisoria entre los siglos XX y XXI, es único en su género, tanto por la profundidad de los cambios sociales como por el carácter global de las tareas planteadas ante todos los pueblos del orbe.

Hoy vemos que, en efecto, la humanidad no está condenada a existir eternamente del mismo modo como existió antes de Octubre de 1917. El socialismo se ha convertido en una realidad poderosa, creciente y en proceso de desarrollo. Precisamente Octubre y el socialismo indican al género humano los derroteros del futuro, los nuevos valores de las relaciones auténticamente humanas.

Colectivismo en lugar de egoísmo.

Libertad e igualdad en lugar de la explotación y la opresión.

Poder auténticamente del pueblo en lugar de la tiranía ejercida por una minoría.

Papel creciente de la razón y el humanismo en lugar del espontáneo y cruel juego de fuerzas sociales.

Unidad de toda la especie humana y paz en lugar de las riñas, discordias y guerras.

Las generaciones actuales, y no sólo las de nuestro país, responden de los destinos de la civilización y de la vida misma en la Tierra. De ellas depende, en definitiva, si el comienzo del nuevo milenio de la historia universal será su trágico epílogo o el prólogo inspirador del futuro.

Hasta el siglo XXI quedan poco más de 13 años. Y en el 2017 todo nuestro pueblo, toda la humanidad progresista celebrará el centenario del Gran Octubre.

¿Cómo será el mundo después de pasar por el jalón secular de nuestra revolución? ¿Cómo será el socialismo? ¿Qué grado de madurez alcanzará la

comunidad mundial de Estados y pueblos? Abstengámonos de hacer conjeturas.

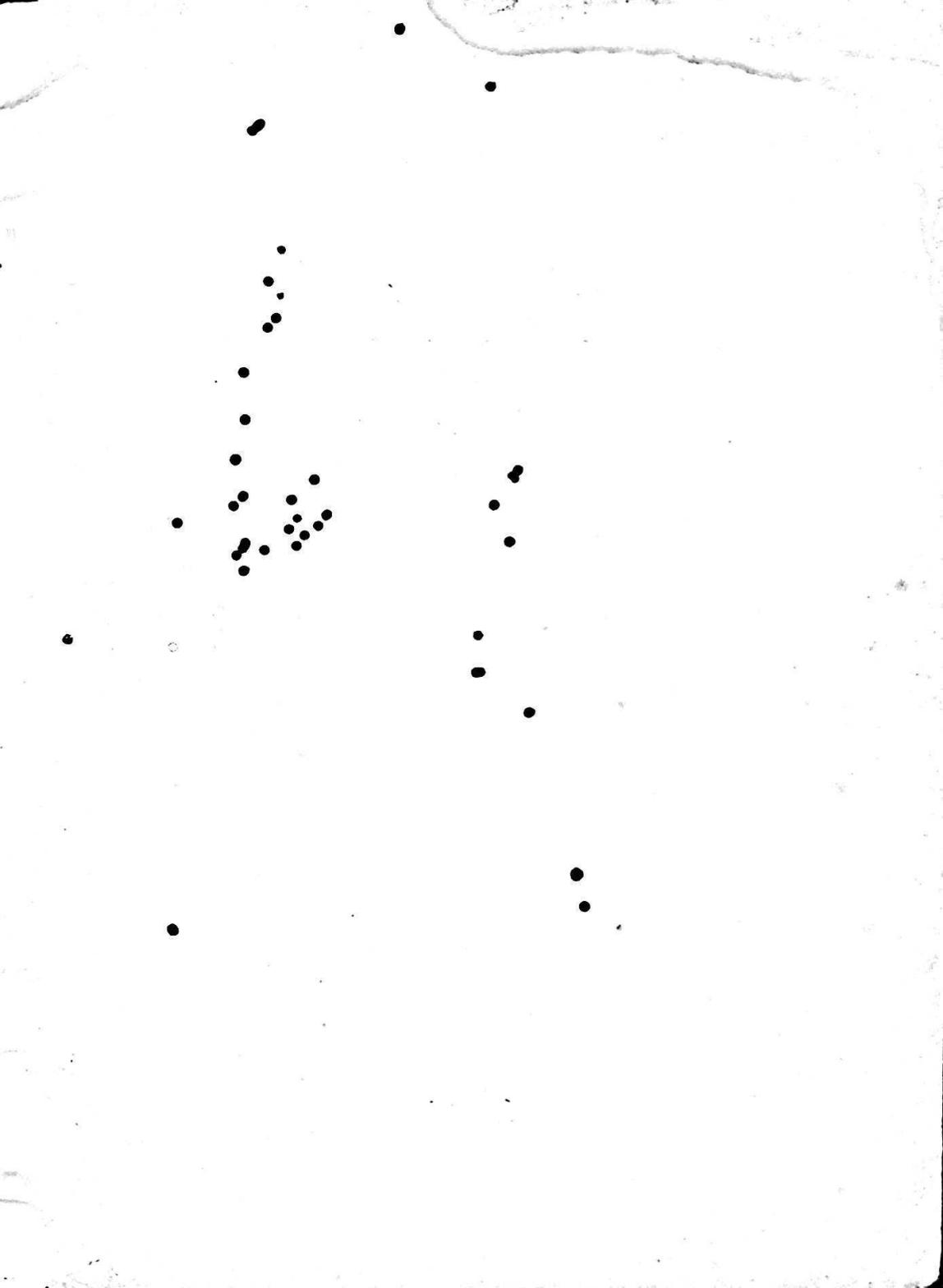
Pero estamos obligados a tener presente que hoy, precisamente, se sientan los cimientos del porvenir.

Nuestro deber consiste en conservar nuestra civilización inimitable, la vida misma en la Tierra, conseguir el triunfo de la razón sobre la locura nuclear, crear todas las condiciones para el desenvolvimiento libre y multilateral del

hombre y de la humanidad.

Vemos la posibilidad de un progreso infinito. Estamos conscientes de que no es fácil asegurarlo. Esto no nos asusta. Al contrario, nos inspira, dando a la vida un objetivo humano sublime, un sentido profundo.

En Octubre de 1917 abandonamos el mundo viejo, rehusándolo definitivamente. Avanzamos hacia un mundo nuevo, el mundo comunista. ¡No nos apartaremos nunca de este camino!.





Suplemento de la revista
"PANORAMA INTERNACIONAL"

Diciembre 1987
Enero 1988

Prolongación Arenales 780
Telfs. 461490 - 461495
Télex: 25573 PU Nóvosti
Lima 18 - Perú